

CLARA EISMAN PATÓN
AUTORA-LIBRO-TITULO.
LA MONTAÑA SAGRADA.
1991

Está prohibida la copia de éste libro.

CAPITULO – 1-

Dionisio remaba feliz. Contemplaba la belleza de su amada Diana. Ella lo miraba con encanto femenino y dulzura en sus labios.

Las olas del mar azotaban la barca. De pronto el oleaje se hizo fuerte, y de lejos aparecieron sobre las aguas del mar, unas criaturillas feas de color limón. Se devoraban las unas a las otras lanzando rugidos espantosos.

Dionisio abrazó a su amada, ella temblaba de miedo. Sus ojos color cielo se encharcaron de lagrimas, pedía que aquello acabara pronto. Dionisio y Diana abrazados se balanceaban en la barca, estaban a punto de caer al agua. Éstas criaturas deformes, de ojos saltones y dientes picudos, saltaban en pelea por encima de Dionisio y de Diana, él, la protegía con su

cuerpo corpulento, sentía miedo de que les sucediera lo irreparable, estaban en medio del mar a merced de lo que esas criaturas quisieran hacer con ellos. Aunque era de noche podían verse sus cuerpos feos y grasientos.

El palacio donde Dionisio y Diana se dirigían, todavía quedaba lejos, ahora con éste incidente no sabían que sucedería con sus vidas. Él, conocía a éstas criatura y sus intenciones; no iba a decirle a sus amada Diana a lo que estaban expuestos los dos. Él, era un gran navegante y algunas veces se había encontrado en el mar con otras criaturas que también se mataban entre ellas pero, ésta vez era diferente, tenía más miedo porque iba Diana, y lo que podría sucederle, ella era una diosa bella como todos los jardines del edén.

Era luna llena, sus reflejos iluminaban el mar. Él combate entre esas criaturas había cesado.

Dionisio advirtió un rostro femenino dentro del agua. Seguía abrazado a su diosa, la amaba

tanto que daba su vida por ella, no iba a permitir que nadie los separara, ellos estarían juntos hasta la eternidad, fue de esa manera que lo pactó con los dioses antes de que los dos nacieran en la tierra.

Todo había quedado más tranquilo, el mar estaba en calma. Diana dormía con la cabeza apoyada en el hombro de Dionisio. Él, estaba esperando algo que sería irremediable. El rostro femenino que había visto antes, subió a la superficie, sus pies los reposaba sobre el agua. Era hermosa y bella, lo más parecido a un ángel. Los cabellos dorados y largos cubrían sus senos. Ella tiró de la barca hasta dejarla donde hubo la disputa de esas criaturillas que se devoraron entre sí.

Ella miró a Diana como dormía, sonrió, seguidamente, acarició el cabello largo y negro de Dionisio, admiraba la belleza de él.

-¿Qué quieres de mi?-preguntó Dionisio.

Ella no respondió, se acercó a la boca de Dionisio y besó sus labios.

-Amo a mi diosa Diana-dijo él-¿qué quieres de mi?.

-Hace tiempo que vengo observándote. Me gustas desde la primera vez que te vi. Si Diana es tu diosa, tu eres mi dios-dijo ella besando de nuevo los labios de él.

-¿Quién eres?-volvió a preguntar Dionisio.

-Soy una ondina que te ama, y deseo tu amor.

Ella con suavidad, cogió el cuerpo de Dionisio, lo sacó de la barca y lo introdujo dentro del mar. Iban pasando por un pasillo blanco de coral, al llegar a un salón de coral color rojo, dejó a Dionisio dormido sobre un diván. Ella lo miraba, sus deseos eran carnales. Ahora era suyo, y la podía hacer feliz.

Dionisio abrió los ojos. Miró por su alrededor y preguntó.

-¿Dónde estamos?.

-En mi morada, es mágico cómo yo. Deseo que los dos seamos ahora felices.

-¿Qué has hecho con mi diosa Diana?.

-No temas, ella duerme hasta que vuelvas a la barca, no sabrá nada de lo que suceda ahora.

El preludio de amor entre Dionisio y la bella ondina duró varias horas. Luego lo dejó dormido y lo devolvió a la barca.

Estaba amaneciendo. Diana abrió los ojos, vio que su amado Dionisio estaba abrazado a ella. Sus temores habían desaparecido, junto a él, nada le sucedería.

El sol daba sus primeros rayos, pronto llegarían al palacio. Estaba construido encima de una montaña.

Cuando llegaron a la orilla del mar, dos sirvientes estaban esperando para ocuparse del equipaje.

Las grandes puertas del palacio estaban abiertas esperando la llegada de Dionisio y de Diana.

Dos doncellas tenían preparado un baño perfumado para Diana, también ropa bien colocada encima de la percha del vestidor.

Dionisio mientras se bañaba en agua perfumada, comentaba con su mayordomo el encuentro que habían tenido en la madrugada en el mar con las criaturillas feas y horrendas que se devoraron unas a otras.

Dionisio y Diana sentían un gran amor el uno hacía el otro. Habían sido adoptados por reyes para que se amaran hasta el fin de sus vidas. De ellos nacería un rey que daría luz al mundo, y que hacía tiempo estaba esperando la tierra.

La noche en los jardines de palacio se estaba bien. El aire que corría hacía que la calor fuera llevadera. Dionisio y Diana paseaban por los jardines besándose y amándose, para él, Diana era la diosa más grande de toda la constelación y la más bella.

En éste lugar de la tierra, el sol salía muy temprano. Las personas que la habitaban eran

por nacimiento sabias. Los faraones que habían vivido durante siglos, dejaron un manantial de riquezas sabías y espirituales.

Diana quedó embarazada. Daria a luz un varón, tanto Dionisio cómo ella, lo sabían. Era el que tanto estaba esperando la tierra. Una noche mientras ella dormía, escuchó una voz que le dijo-cuida del que llevas en el vientre, será rey y gobernará. Ésta revelación se la comunicó Dionisio, los dos estaban preparados para recibir la llegada de éste ser de luz.

Una mañana, Diana y su doncella paseaban por el bosque. De entre los árboles salió una joven bella y hermosa, se dirigió a Diana diciéndole.

-El que llevas en tu vientre será sabio, y tendrá el amor de todo lo creado. Será conocedor de todas las cosas que viven en el cielo y en la tierra. El universo te da las gracia que nazca de tu vientre un ser divino. Ahora

dirígete a esa montaña, alguien te está esperando.

En ese instante, la joven desapareció de entre los árboles.

Diana miró a su doncella, esperaba escuchar por boca de ella si había sido real el encuentro con la bella joven y todo lo que dijo.

La doncella afirmó-es cierto señora.

Las dos se dirigieron a la montaña que la joven había señalado.

En medio de la montaña estaba la entrada a una cueva con claridad dentro. Diana se paró, miró a su doncella y dijo.

-No sé si deberíamos entrar, ni que nos puede aguardar dentro.

-Señora, yo estoy a su lado para lo bueno y malo, si tuviera que defenderla lo haría con mi propia vida.

Diana prefirió entrar, necesitaba ver qué era lo que le esperaba dentro.

La cueva estaba iluminada por su propia luz. De espaldas había una anciana vestida con túnica blanca, la cabeza cubierta por un turbante del mismo color. Sé dio la vuelta hacia las recién llegadas. Su semblante era el de una mujer aún joven y de gran belleza. Cogió la mano de Diana, y mirándola a los ojos, le dijo.

-Yo vengo del mismo lugar de la criatura que llevas en tu vientre. Cuando nazca iré a buscarlo, para enseñarle las leyes del mundo y del universo.

Diana al oír éstas palabras, retrocedió unos pasos, estaba muy asustada. Ésta mujer de turbante le estaba comunicando, que se llevaría a su hijo nada más nacer. Por las mejillas de Diana caían lagrimas de dolor. Ella dijo sollozando.

-Éste hijo que va a nacer es, fruto del amor que tenemos mi esposo y yo. No sé quién es usted ¿qué razón hay para que se lleve a nuestro hijo?.

La mujer del turbante con ternura y lagrimas en sus ojos, dijo.

-Hija mía, nadie puede oponerse a lo que el creador tiene designado para sus hijos. Tendrás más descendencia. Quiero que sepas que éste hijo que va a nacer, será rey en la tierra, ha sido engendrado para eso.

Diana salió de la cueva. Su llanto era grande, no podía pensar que ese hijo que iba a nacer nunca lo vería. Su doncella trataba consolarla para que su pena fuera menos pero, en el fondo sabía lo monstruoso que podría ser que a un hijo lo robaran.

Al llegar a palacio se abrazó fuerte a Dionisio. Sus sollozos eran grandes, apenas podía decirle lo que le acababa de suceder. La reina al oírla llorar desconsoladamente, fue para ver qué pasaba. Al encontrarse con esa noticia, dio órdenes para que se reforzara con vigilancia las puertas, balcones, ventanas y jardines de palacio. Dionisio se negó ir a navegar con su

padre adoptivo el rey, cómo muchas veces hacían. No se iba a separar de su diosa Diana, nadie les iban a rebatar el hijo que estaban esperando con tanto deseo, y con tanto amor como lo habían engendrado.

Los centinelas de la guardia hacían relevo cada ocho horas.

Dionisio quiso conocer a la mujer del turbante que vivía en la cueva y hablar con ella. Lo estaba esperando.

Ella lo saludó con un beso en la frente, y dijo.

-Mañana noche, Diana dará a luz. Yo iré a buscar al bebé.

-Todo está muy vigilado, es imposible que puedas llevártelo. La guardia tiene órdenes de ejecutar a toda persona ajena a palacio.

-No le tengo miedo a nadie, porque nadie me va a ver cuando entre en palacio, ni en el aposento.

Dionisio la creía, y sabía desde el fondo de su ser, que decía la verdad.

-¿Dónde irás con el niños?.

-A Emanuel lo llevo a América latina. Es allí donde tiene que conocer el mundo, y desarrollarse en todo lo que necesita saber.

-¿Se llamará Emanuel?-pregunto Dionisio con lagrimas.

-Ese es el nombre que tuvo el día que nació en el universo, y se llamará de la misma manera en la tierra.

-No es posible que esto nos esté ocurriendo-dijo Dionisio con pana.

-Hijo, voy a bendecirte para que puedas darle fuerza a Diana, y pueda soportar ésta ley que viene de arriba. Vais a tener más hijos, que os harán felices.

Ella posó sus manos sobre la cabeza de Dionisio, y dijo.

-¡Hijo! Ahora llevas contigo la paz y el entendimiento. Cuando abrases a Diana le vas a transmitir éstos poderes que te he otorgado.

Dionisio salió de la cueva, y se dirigió a palacio. Fue en busca de su diosa Diana. Estaba sentada en un banco del jardín. La abrazó muy fuerte, acarició su vientre y lo besó repetidas veces. Ella no sabía que Dionisio había estado en la cueva. Él, no le dijo nada. La amaba cómo a nadie se puede amar, los dos seguirían engendrando hijos para olvidar si es que podían la pérdida de Emanuel.

A la noche siguiente Diana se puso de parto. La guardia de palacio vigilaba dentro y fuera. La reina dio órdenes para que todo saliera bien y no hubiera ningún error. Necesitaba tener a su primer nieto entre sus brazos. Había hecho venir a dos médicos y, a dos comadronas, también ella quería estar presente en el parto.

A las doce de la madrugada en punto, nació Emanuel. Las comadronas se ocuparon de lavar

y limpiar al recién nacido. La reina pudo tenerlo en los brazos, y acariciarlo, le dedicó unas sonrisas. Ella se retiró a sus aposentos, era la una de la madrugada. Los médicos y las comadronas, también se fueron. Diana no corría ningún peligro, el parto había ido bien.

El ama que iba a cuidar de Emanuel, lo fue a buscar y lo llevó a la habitación continua. Lo dejó en su cuna, ella lo vigilaba de cerca, desde su cama.

Dionisio se quedó junto a la cama con Diana. Los dos sabían lo que iba a suceder, por las mejillas de ella corrían lagrimas. Él, posó la cabeza en la almohada y abrazó a su diosa. Los dos estaban pasando el mismo sufrimiento, no podían hacer nada.

A las tres de la madrugada, la mujer del turbante entraba en palacio sin ser vista por nadie. La guardia dormía. Ella fue directamente al aposento donde estaba el ama cuidando de Emanuel. El bebé dormía, y el ama también.

La mujer del turbante, se acercó a la cuna. Cogió a Emanuel y salió del dormitorio sin ser vista por nadie. La guardia seguía durmiendo ajenos a lo que estaba sucediendo. Ya fuera de palacio, ella miró al niño que dormía plácidamente. Sonrió mientras le decía.

-Bien venido seas, espíritu de la verdad.

A cincuenta metros de palacio, esperaba una carroza blanca de terciopelo, tirada por cuatro caballos blancos. Ella dejó dentro a Emanuel, aún dormía cómo un ángel. Seguidamente, se sentó y cogió las riendas. Los caballos iban a galope, y se dirigían hacia el mar. Allí estaba esperando un barco. La mujer del turbante subió con el niño. El barco cogió rumbo a Argentina.

A las cuatro de la madrugada, el ama se despertó, y vio que el niño no estaba en la cuna. Corría desesperada al dormitorio de Diana, y en grandes sollozos dijo.

-¡El niño ha desaparecido!.

Diana lloraba desconsoladamente apoyada en el pecho de Dionisio. Él, la cubría con sus brazos, besaba su frente repetidas veces.

Una doncella de la reina, la puso al corriente de lo que pasaba. Ella mandó a un escuadrón de soldados para que buscaran al niño en palacio, y sus alrededores. Toda búsqueda fue en vano. Dionisio y Diana callaron la verdad de lo sucedido. Sabían que contra esa gran fuerza, no podían luchar.

Habían pasado tres meses. Diana se quedó embarazada. CAPITULO – 2-

En el hoyo de E puyen pueblo de Argentina, vivía el niño Emanuel. Todavía era bebé, lo cuidaba una joven de cabellos largos y negros, su encanto era muy agradable junto con el amor que ella radiaba, y transmitía al niño. Era guapo y alegre, no le faltaba de nada, estaba lleno de atenciones, era un niño feliz.

Amor era el nombre de la joven. En el pueblo hacia poco que la conocían. Había llegado con

el niño, y se instaló en una casita con huerto y árboles frutales, rodeaba la casita un bonito jardín lleno de flores.

Amor tenía la misión de cuidar del niño hasta la edad de quince años.

Emanuel había cumplido un año. A partir de esa edad, Amor lo subía todas las tardes al anochecer, a la montaña que había frente a la casita, hasta la edad de siete años lo estaría haciendo. Allí recibía el alimento espiritual, y toda clase de enseñanzas universales.

Amor le enseñaba lo que necesitaba saber en la tierra. Leer, escribir, y números. Ella jugaba mucho con Emanuel. Era un niño alegre y juguetón, por todo se reía, todo le hacía gracia, era feliz. Amor no tenía tiempo para ella, las veinticuatro horas, las dedicaba al niño.

Emanuel había cumplido dos años. Por la parte de debajo de la casita, habían algunas casas más. Los vecinos que las ocupaban habían percibido que Amor cogida de la mano de

Emanuel, subían todas las tardes a la montaña, y bajaban de madrugada. Dos vecinos decidieron seguidlos, para ver que hacían tan tarde en la cima de la montaña. Amor sabía que dos hombres iban detrás de ellos. Emanuel aunque sólo tenía dos años, también se había dado cuenta. Amor quería darles un escarmiento para que no lo volvieran hacer más, y dijo a Emanuel.

-Los vamos asustar para que nunca más lo hagan.

Amor se dio la vuelta con el niño de la mano. En ese instante, se convirtieron en una leona y su cachorro. La leona miraba a los dos hombres, y lanzaba fuertes rugidos. Ellos corrían montaña abajo pidiendo ayuda hasta que llegaron a sus casas. Amor y Emanuel cobraron su físico normal. Los dos reían por el hecho gracioso que había ocurrido.

Los hermanos universales, los esperaban en la cima de la montaña. Ellos habían presenciado

lo sucedido y también reían. Uno de los hermanos dijo a Emanuel.

-Lo que Amor ha hecho es un juego para que te rieras pero, cuando tengas más años, estarás entre la gente, les hablará de la casa de dónde vienes, de los seres de luz, y de tus padres celestiales.

El cielo estaba lleno de estrellas. La luna llena iluminaba la gran montaña.

Emanuel con sólo dos años escuchaba a los hermanos del universo, como si de una persona mayor se tratara. Su inteligencia era muy superior a la de un niño normal.

En el pueblo corrió la voz de lo sucedido con Amor y Emanuel subiendo la montaña. Muchos no creían la versión de los dos hombres. Lo que más acertaban a creer que, dos animales salvajes estuvieran sueltos por la montaña. Lo fueron a denunciar para que rastrearan todo aquel lugar que siempre había sido un remanso de paz. Al día siguiente, toda la montaña fue

limpiada de la hierba que había crecido, no encontraron otra cosa más.

Al día siguiente, los veinte vecinos que vivían más debajo de la casita, llamaron a la puerta. Amor abrió, hombres y mujeres querían oír por boca de ella, si vieron la noche anterior una leona con su cría.

-No hemos visto nada-dijo.

-¡Si la viste tú y tu hijo!-dijo uno de los hombres que los seguían-¡la leona nos quiso atacar, y bajamos de la montaña corriendo!. Los demás vecinos escuchaban a éste hombre narrar lo sucedido como si fuera cierto lo que decía, y lo tomaron por un héroe, y también a su amigo.

Amor pensaba en el ser humano, todas las mentiras que podían decir para que le dieran honores.

Entró en la casita una niña hija de unos vecinos, tenía cinco años, tres más que Emanuel. Su deseo era jugar con el niño. Amor

los miraba sonriente como jugaban en el jardín, a un juego que ellos se inventaban.

Era bueno para Emanuel que tuviera una amiga para jugar. Se divertían con los animales, jugaban con ellos. Había gallinas para que dieran huevos, cabras para que dieran leche. Amor las sacaba todos los días por la mañana para que comieran hierba. Un día estaban comiendo en el campo los animales. Amor y Emanuel se hallaban sentados a los pies de un árbol, esperando a que las cabras comieran. Se escuchó los ladridos de un perro quejándose a muerte. Amor y Emanuel se pusieron de pie y se acercaron hacía donde se oía los quejidos del perro, que cada vez iban en aumento. Dos lobos estaban mordiendo a un perro indefenso. Amor sabía que la naturaleza era ley, hecha para alimentarse unos animales de otros pero, sintió mucha pena del pobre perro enroscado entre los dientes de los dos lobos. Lanzó un grito a los animales devoradores, se asustaron y huyeron monte arriba. Amor y

Emanuel se acercaron al perro, el animal estaba herido en el vientre, no lo dejaron allí dando alaridos. Cuando las cabras acabaron de comer, se fueron a la casita llevándose al perro pastor para curarlo de la herida. Cuando estuvo curado y bien alimentado, el perro pastor se fue para seguir cuidando de sus ovejas.

La niña amiga de Emanuel, hacía días que no iba a la casita a jugar con él. Amor fue a casa de la niña para preguntar qué pasaba. La madre la puso al corriente, que la niña estaba en cama con fiebre hacía varios días. Había llamado al médico pero, los remedios que le dio no le hicieron efecto.

Amor puso al corriente a Emanuel de la enfermedad que padecía la niña. Él, quiso ir a visitarla. Estaba delante de la cama, vio unas pequeñas criaturas vestidas de negro que se habían quedado a vivir en el cuerpo de la niña. Ellas al ver a Emanuel, gritaron desesperadas.

-¡Es nuestra, nos pertenece!

Emanuel no dijo nada, levantó sus manecitas y las posó sobre el cuerpecito de la niña. Esos espíritus malignos, se desgarraban gritando.

-¡No, nos la quites, hemos venido para llevárnosla, es nuestra!

De las manecitas de Emanuel, salió un chorro de luz que bañó a la niña. Su madre lo vio, y aún lo entendió mejor, cuando la niña la llamó y se abrazó a ella pidiéndole comida. La madre lloraba de alegría dando gracias al cielo que su hija había sanado. Cogió la mano de amor y le dijo con lagrimas.

-¿Has visto lo que ha salido de las manos de tu hijo?.

-Si luz-contestó Amor con naturalidad.

-¿Sabías que es un ángel venido del cielo?.

-Lo sé.

La madre de la niña la miraba extrañada.

-¿Quién sois?- preguntó.

-¿Quién crees que somos?.

-Yo no lo sé, eso lo sabes tú y tu hijo. Quiero pagar lo que Emanuel ha hecho sanando a mi hija ¿de qué manera puedo hacerlo?.

-Creyendo en lo que has visto-dijo amor.

-¿Sólo con eso puedo pagarlo?.

-A si es-dijo Amor.

A los pocos días se cundió por el pueblo que el niño Emanuel sanaba las enfermedades del cuerpo, que también hacía otras cosas.

Todos los habitantes del pueblo querían verlo, para que curara sus enfermedades. La noticia llegó hasta otros pueblos, todos estaban deseosos conocerlo.

Emanuel tenía mucha energía y amor para dar, pero todavía era pequeño. Amor no permitía que se acercaran a él. Todos los días echaba gente que venían para que los curaran.

Por las noches cuando subían a la montaña, los hermanos del universo tenían que trabajar más con él. Le tenían que dar más energía para que empezara a cuidar de toda la gente que lo querían tocar, pensaban, que de esa manera se curaban. Estaban en lo cierto, era por esa razón que Amor no permitía el acercamiento.

Emanuel había cumplido tres años. Era un niño guapo, de cabellos dorados y ojos azules. Amor le cosía toda la ropita que se ponía. A partir de ésta edad, Amor permitía que lo fueran a ver para la curación cinco personas al día. Ella estaba siempre presente, no dejaba que la gente lo tocara. Iban niños pequeños del pueblo para jugar con él. Se había hecho de muchos amigos de su edad.

Una noche en la montaña, Emanuel pidió a los hermanos del universo, que dejaran que fueran sus amigos para que los conocieran. Ellos aceptaron, y dijeron que los podía llevar pero, esa noche irían vestidos de pastores, no de hermanos del universo.

Amor pidió a los padres de los niños, que esa noche durmieran en la casita con Emanuel, quería que subieran a la montaña para presentarles a otros amigos que él, tenía. Los padres tenían toda su confianza, y dejaron a sus hijos en la casita.

Llegó la noche anunciada. Los niños estaban muy contentos de poder subir a la montaña, hacía tiempo que lo estaban esperando. Emanuel dijo a sus amigos que, iban a cenar en la montaña con los demás amigos suyos, y que estarían muy cerca de dios.

Niños y niñas, iban tan contentos que subían la montaña cantando canciones que aprendían en el colegio.

Amor hizo muchos bocadillos y dos bizcochos, para que de nada faltara, también algunos refrescos.

Los padres de los niños y niñas, salieron hasta el camino para despedirlos, y decirles, que se portaran bien.

Cuando llegaron a la montaña era de noche. Había dos pastores que los estaban esperando. Eran jóvenes, cerca de ellos había ovejas comiendo hierba. Los hermanos del universo, fueron a saludar a niños y niñas de aproximadamente, tres y cinco años. Compartían los juegos con ellos y también las canciones.

Uno de los hermanos del universo, dijo.

-Voy a contaros una bonita historia. Sentaros en la hierba a mi alrededor.

En esos instantes, la estrella que daba energía a Emanuel, estaba en el cielo dando esa luz radiante para él, y para sus amigos y amigas.

Niños y niñas esperaban sentados a que el pastor empezara la historia.

-Había una estrella en el cielo muy grande. Ella iba y venía siempre sola, no tenía a nadie con quién hablar, estaba aburrida de su soledad. Ella dijo un día-si estoy sola es porque

quiero. Soy grande y puedo hacer de mi muchas más estrellas, darnos todas compañía.

La estrella era redonda, cogió de su centro una bolita e hizo una estrella y la dejó a su lado, de esa manera hizo más y más estrellas, hasta que se pobló de ellas. A todas les dio vida, hablaban y reían contándose bonitas historias que desde el cielo veían que hacían los humanos, se divertían mucho con ellos porque todo se convertía en un juego de la vida.

Un día pasó por allí otra estrella que se encontraba sola, conversó con la gran estrella, ésta le aconsejó lo que ella hizo para no estar sola. Se fue y le dio las gracias por el consejo, y cuando llegó a un llano de cielo, de ella hizo muchas más estrellas, y de esa manera, se llenó el firmamento de luz.

-Ésta es la historia que os quería contar-dijo el pastor.

Una niña levantó la mano para hablar, y preguntó.

-¿Hace tiempo que vienen a la montaña para que coman las ovejas?.

-Sí, mi hermano y yo, vivimos en ésta cima.

Los niños y niñas miraban a los dos pastores, un niño preguntó.

-¿Dónde está vuestra casa?. Aquí solo hay algunos árboles y hierba para que coman las ovejas.

- Nuestra casa está dentro de la montaña, en una cueva grande vivimos mi hermano y yo.

-¿Podemos entrar y verla?-dijo una niña.

-Claro que sí. Ahora entramos todos.

Amor y Emanuel se miraron. Uno de los hermanos del universo, le guiñó un ojo a Emanuel.

De un lateral de la montaña salió luz, una puerta se abrió ofreciendo paso a todos. Niños y niñas estaban contentos de poder ver la casa de los pastores. Era una cueva sencilla, con dos camas para descansar, una mesa cuadrada de

madera y dos sillas. La cueva tenía luz propia. Había unas escaleras de piedra, que daba a otra vivienda más abajo.

-¿Podemos bajar para ver lo que hay?-dijo un niño.

-¿De verdad queréis ver lo que hay abajo?-dijo uno de los hermanos sonriendo.

-Sí- respondieron niños y niñas a la vez.

Las escaleras también estaban iluminadas, bajaron todos. Abajo había un esplendido jardín con todas las flores que en la tierra se puedan encontrar. Allí brillaba la luz del día, una joven esbelta y con gracia en sus cabellos dorados y rizados, que caían por delante de sus hombros, regaba las flores del jardín. Ella miró a los recién llegados, y les sonrió.

-¿Es tu esposa?-preguntó una niña.

-Es una hermana nuestra. La que cuida el jardín.

Niños y niñas iban mirando todas las flores.

-Tenemos que regresar-dijo el hermano del universo. CAPITULO -3-

Arriba en la cima de la montaña, las ovejas dormían. La luna llena estaba iluminando todos los contornos que por allí había. Era hora que bajaran, los niños y niñas tenían sueño.

En la casita, Amor había preparado camas para todos los pequeños. Uno dormía al lado de otro con sueño profundo, estaban cansados de todo el trote que se habían llevado, y de todas las sorpresas que habían vivido.

Amor les tenía preparado un buen desayuno, leche de las cabras que ella ordeñaba, pan y miel, también bizcocho del que ella había hecho el día anterior. Después de desayunar bien, llevó a los niños y niñas hasta sus casas. Emanuel iba contento y deseoso que llegara otro día como ese, puesto que salía poco de la casita, solo al atardecer para dirigirse con Amor a la montaña, donde los hermanos del universo lo esperaban.

Una mañana llamaron a la puerta, Amor abrió, frente a ella había una mujer joven, vestía bien pero sin lujos. Ellas dos se miraron como si se conocieran, Amor le dio paso para que entrara, y le preguntó.

-¿Hace tiempo que sabes que Emanuel a nacido?.

-Hace un año pero, hasta hoy no me han dejado que lo conozca.

-Está durmiendo, pero pronto iré a buscarlo al dormitorio. ¿Has desayunado?.

-No me ha dado tiempo, he descansado en una ciudad cercana, y he salido cuando estaba amaneciendo.

En ese instante se escuchó ruido, era Emanuel que salía del dormitorio en camisón, y descalzo. Amor lo cogió en brazos, y fue hasta la recién llegada, ella abrió sus brazos para recibirlo, y dijo llena de emoción.

-¡Maestro! Por fin nos volvemos a ver.

-¿Recuerdas lo que te dije? que volveríamos a vernos- dijo Emanuel.

Amor preparó un buen desayuno, y desayunaron los tres, seguidamente, llevó a Emanuel al baño, lo estuvo aseando y le puso ropita limpia como cada día hacía. Pronto llegarían las cinco personas que Emanuel curaba, cada día eran cinco diferentes.

El día pasó feliz para la recién llegada. Al llegar la tarde, Amor la puso al corriente que era hora de que subieran a la montaña, allí esperaban los hermanos del universo para darle energía a Emanuel, y que todo fuera bien para él. Los tres subieron a la montaña. Los hermanos del universo estaban esperando como cada noche. Jugaban con Emanuel, le hacían reír contándole historias de niños. Emanuel se lo pasaba muy bien, cada tarde esperaba a que llegara la hora de reunirse con los hermanos del universo. Le gastaban bromas, le hacían correr con juegos de niños.

Amor también lo pasaba bien de ver a Emanuel como se divertía, era un niño feliz.

Esa noche en la montaña, Amor vio una bola de fuego que se iba acercando cada vez más, y cada vez se hacía más grande. Ella y la recién llegada veían con la rapidez que se iba acercando a ellas. Los hermanos del universo jugaban con Emanuel, pero sabían lo que estaba pasando. La bola de fuego se hizo enormemente grande hasta coger la forma de una pirámides de color rojo brillante. Se posó por encima de Amor y de la recién llegada. Dentro estaban todos los misterios del universo, dejaron que ellas lo vieran pero, no podían revelarlo.

Esa noche fue más larga. Ya de madrugada bajaron de la gran montaña.

A la mañana siguiente, desayunaron los tres. La recién llegada tenía que marcharse, se despidió de Amor y de Emanuel, y dijo.

-Maestro, pronto serás un hombre, yo seré viejecita, tú fuiste mi gran amor ¡guardo tantos recuerdos tuyos!.

-Antes de que termine tu ciclo aquí en la tierra, te iré a ver, y estaremos juntos como antes lo estuvimos-dijo Emanuel.

Por las mejillas de la recién llegada caían lagrimas de tanto amor que sentía. Emanuel se las quitaba con sus deditos, y le dijo.

-Tus lagrimas son piedras preciosas que mi padre coge y las pone junto a él.

Ella acarició la carita dulce de el niño Emanuel. Seguidamente, se despidió y se marchó. Ese día estuvo triste Emanuel.

Emanuel había cumplido cinco años. Era un niño alto y guapo. Los cabellos le reposaban sobre sus hombros, Amor se los peinaba cada día, los cuidaba con esmero, era una parte de la personalidad de Emanuel.

Amor le hizo un mono color azul cielo en esa primavera, y una camisa blanca, lo empezó a calzar con sandalias de correíllas. Era un niño precioso, de lo más lindo, las mejillas las tenía rosadas como una manzana.

Esa primavera anunciaba un verano caluroso. Los pájaros con sus alegres trinos, despertaban a sus crías para llevárselas a que comieran trigo y otros cereales que los humanos sembraban. Una parte era para los pájaros, y las otras tres para los sembradores. Esa es la ley universal, que la madre naturaleza estableció. Si los humanos no la respetaba, al año siguiente no tenían cosecha, la lluvia o la sequia hacía que se perdiera, era un castigo que recibían por la avaricia, por querer solo para ellos.

Había llegado el mes de julio. El día primero Amor y Emanuel salieron de la casa y se dirigieron al campo con las cabras para que comieran. El campo estaba repleto de flores, de todos los colores y clases. Las cabras estaban en un cerrillo comiendo hierba.

Emanuel se metió en medio de un gran manantial de flores, hablaba con ellas, les decía frases hermosas y llenas de ternura. Amor se había quedado sentada a los pies de un grueso árbol, sonreía feliz, ella oía lo que Emanuel decía a las flores, les estaba cantando una canción que acababa de crear para ellas, porque era el día de las flores. Los espíritus de las flores alegremente salieron fuera. Todos eran jóvenes y bellos, los había en masculino y en femenino. Solo éste fenómeno tan hermoso podían verlo Emanuel y Amor.

El invierno había llegado, no hacía frío pero llovía mucho, ese día no paró de llover. Las calles estaban inundadas de agua, por el campo no se podía andar, todo era barro. Pronto sería la hora para que subieran a la montaña pero, era imposible salir con lo que estaba lloviendo. Llamaron a la puerta, Amor abrió, delante estaban los dos hermanos del universo, dijo uno de ellos.

-Venimos para llevaros a la montaña.

Emanuel estaba preparado y Amor también. En la puerta esperaba un coche color blanco. Los cuatro subieron. Era uno de los hermanos que conducía. Pronto llegaron a la gran montaña, toda estaba cubierta por las ramas y hojas de los árboles. La estrella que daba energía a Emanuel, estaba brillando por encima de ellos. Más tarde, los hermanos hablaron a Emanuel de las leyes y grandeza del universo y de todo lo creado.

Ese invierno fue muy lluvioso, cuando Amor y Emanuel no podían subir por sus propios pies, eran los hermanos que iban a buscarlos.

Emanuel tenía seis años. Era un niño lleno de energía y con mucha vitalidad. Sus ojos color cielo brillaban como dos estrellas en el firmamento. Siempre estaba alegre y feliz. Un día Amor lo sorprendió cantándole una canción a las cabras, cuando terminó de cantar, Amor le preguntó.

-¿Qué le has cantado a las cabras?.

-Les he dado las gracias por el alimento que nos dan, se lo he dicho con música, de esa manera lo entienden mejor.

En un pueblo cercano vivía un matrimonio con dos hijos. Ella estaba siempre enferma, los médicos no daban con la enfermedad que tenía. El marido se presentó en la casita, quería llevarse a Emanuel para que curara a su mujer que estaba en cama. Amor se negó, no podía hacer eso, ella era la responsable ante la ley divina de todo lo que le ocurriera al niño Emanuel. Él, habló con éste hombre y le dijo.

-Vete tranquilo a tu casa, tu esposa ya está curada.

El hombre no estaba convencido, no podía ser que con solo decirlo, su esposa hubiera sanado. Se quedó esperando detrás de la esquina, al rato Emanuel salió para ir a la casa de al lado donde vivía una niña amiga de él. Éste hombre encontró la ocasión para coger a Emanuel y llevárselo. Lo metió en su coche y se

fueron a su casa. Al llegar, su esposa estaba haciendo la cena, él, le dijo.

-Aquí te traigo al niño que cura todos los males.

-Estoy curada-dijo ella- lleva al niño a su casa, lo estará buscando su madre.

- Iré mañana, ahora estoy cansado.

Emanuel no decía nada, estaba callado y observando el ir y venir del matrimonio y el de sus dos hijos, eran unos años mayores que él.

Los cuatro cenaban sentados alrededor de la mesa. Emanuel estaba sentado en una silla aparte, ella le dijo.

-Acércate a la mesa y come con nosotros.

Emanuel negó con la cabeza.

En ese instante, la puerta se abrió, eran los dos hermanos del universo. Vestían con trajes plateados y ajustados al cuerpo. Cabellos largos dorados y ondulados. El matrimonio y sus dos hijos al verlos, fueron a esconderse.

Uno de los hermanos, fue en busca de éste hombre, lo puso frente a Emanuel, y le dijo.

-Mira bien a éste niño, ¿por qué has osado tocarlo y traerlo a tu casa?.

La esposa y sus dos hijos salieron del escondite, estaban seguros que esos dos hombres radiantes como el sol, y raramente vestidos, sabían dónde estaban escondidos ellos. La esposa se puso de rodillas implorando que no les hicieran nada, solo querían que el niño Emanuel, la sanara de la enfermedad que padecía. Su marido hizo lo mismo, de rodillas pidió perdón.

Los hermanos del universo llevaron a Emanuel a su casa. Amor estaba tranquila y sin inquietudes, lo único por lo que estaba preocupada era por esa familia que había secuestrado a Emanuel. Lo estarían pasando muy mal, el miedo que pasaron al ver a los hermanos del universo presentarse en su casa.

Aquella primavera era alegre y bonita. Los pájaros con sus trinos y sus vuelos juguetones daban alegría. Sus crías volaban junto a sus madres pidiéndoles comida.

Una mañana Emanuel estaba en el jardín de su casa mirando el vuelo de los pájaros, una bandada de pequeñas aves llegó hasta él, se posaron encima de su cabeza, de sus hombros y manos. Él, les hablaba y les cantaba bonitas canciones que componía para ellos. Adoraba a los animales. En sus canciones expresaba la creación de cómo fueron creados. En el momento que estaba cantando, llegaron a él, muchas mariposas de diferentes colores, grandes y pequeñas. A ellas también les cantó una canción de cuando fueron creadas.

Amor hacía rato que lo observaba con una bella sonrisa en sus labios. Lo llamó y dijo.

-Es hora de ir al campo para que coman las cabras.

Emanuel se despidió de las aves y de las mariposas, y se fueron volando.

En el campo se estaba bien. Corría una ligera brisa que acariciaba. Cerca de donde estaban, había muchos trigales aún verdes. Emanuel fue hasta ese trigal. Amor lo vigilaba, había gente del pueblo y de otros, que deseaban tener a Emanuel con ellos en sus casas.

Emanuel iba andando entre los trigos, los acariciaba y les cantaba una canción para ellos que hablaba del alimento que ese cereal da. Las bellas amapolas se iban inclinando por donde pasaba Emanuel.

-También tengo una canción bonita para vosotras- les dijo.

Amor entró en los trigales. A penas veía la cabeza de Emanuel, cuando llegó a él, le estaba cantando una canción a las bellas amapolas.

Las cabras habían comido lo suficiente, y se dispusieron volver a casa.

Amor conocía todos aquellos parajes, quedaba algunos que todavía Emanuel no conocía. A la mañana siguiente y con el sol radiante, salieron con las cabras para que comieran. Cogieron otro sendero más alejado, por ese lugar habían casas de campo habitadas por familias de labradores. Las cabras comían hierba en un monte que había cerca. En una casa de campo había en el jardín una plantación de lirios morados, eran altos y hermosos. Emanuel fue hacia ellos, y empezó acariciarlos. Amor estaba cerca mirándolo. Se escuchó la voz ruda de un hombre que dijo gritando.

-Eh Jovencito! no toques los lirios.

-No los está tacando, solo los acaricia-dijo Amor.

-¡Los está tocando, y ha cogido uno!-dijo el hombre mal humorado.

Emanuel se acercó con un lirio en su mano, y dijo.

-Éste lirio no es de aquí.

-¡He visto como lo cogías!

-No lo ha cogido de aquí-dijo Amor-mire en qué tallo falta el lirio.

-¡Hay muchos para que valla tallo por tallo mirando, lo ha cogido de aquí!

-Tus lirios son bellos y muy hermosos pero, éste que tengo en mi mano, es de mi jardín-dijo Emanuel.

El hombre no lo creía, y para asegurarse fue contándolos.

-Es cierto, no falta ninguno aquí ¿Dónde has cogido ese?.

-Ya te he dicho, que es de mi jardín. Está repleto de preciosos lirios, y de maravillosas flores.

El hombre ya más tranquilo, dijo.

-Perdonen ésta confusión mía. No le permito a nadie que cojan lirios, ni otras flores de aquí.

-Tienes razón-dijo Emanuel- si alguien arranca un lirio que se encuentre por su paso, nunca más pisará esa tierra.

El hombre quedó desconcertado, y preguntó.

-¿Por qué?.

-Los lirios dan la entrada a otra dimensión, a una puerta oculta, si se arrancan de la tierra donde viven, nunca más volverán a crecer en el mismo lugar, y la persona que lo hace, no pasa más por esa tierra.

-No sé bien lo que has querido decir, no entiendo tu modo de hablar-dijo el hombre-y dirigiéndose a Amor le preguntó-¿las cabras que hay en el monte son vuestras?.

-Sí.

-¿Vivís lejos?.

-A una hora de camino.

-Bueno, yo voy a continuar con mi trabajo-dijo el hombre alejándose.

Subía la pendiente en dirección de la casa de campo, una mujer de mediana edad. Iba rápida y ligera. Era de piel clara, en el rostro no tenía arrugas, cabellos grises recogidos atrás por un moño. Ella se acercó a Emanuel y le hizo una caricia cogiéndole la barbilla.

-Que niño más guapo-dijo ella-¿esperáis a alguien?.

-Estamos dando un paseo- dijo Amor-nuestras cabras están comiendo en el monte, pero ya pronto nos vamos.

La mujer haciendo un ademán generoso dijo.

-Entren en la casa y descansen un rato.

Su marido la había oído y salió, la miraba fijamente. Ella le dijo.

-No te quedes ahí parado y trae algo fresco para beber.

-Gracias, no tenemos sed-dijo Amor-es hora de que volvamos.

Emanuel sonreía mirando a ésta mujer tan dispuesta y de gran carácter. Era de esa manera como a él, le gustaba que fuera la mujer. Ella se dio cuenta que Emanuel reía alegre, y le preguntó.

-¿Te gusta como soy?.

-Sí, me gustan los espíritus inquietos, porque son alegres, y saben qué decir en cualquier momento.

-¡Que gracioso eres, también tu me gustas! Tienes una dulce mirada, y sonrisa de ángel.

-Coge éste lirio, te lo doy, es de mi jardín.

Ella cogió el lirio que Emanuel le había regalado, se lo llevó a la boca y lo besó.

-¿Dices que es de tu jardín?- dijo ella con la mirada brillante.

-Sí, guárdalo, no se marchitará y tendrá siempre el mismo color.

-Gracias ángel mío. Me recuerdas a mi hijo, tenía tu edad cuando murió. Lo imagino que

viene con los brazos abiertos para abrazarme, como si fuera real, yo lo abrazo, lloro y después me siento mejor.

-Cuando dices que lo imaginas, lo estás viendo en realidad, y el abrazo que os dais es, verdadero.

-Gracias ángel mío-dijo la mujer llorando. Su marido estaba cerca y también lloró, dijo.

-Ya hacía tiempo que yo no lloraba, me hacía falta. Los ojos se me estaban secando.

Amor y Emanuel se despidieron del matrimonio. Él, les dijo a los dos.

-Seguir amándoos. Vuestro hijo está cerca de vosotros, es él, quién os tiene unidos.

El hombre miró al cielo. Bajaba un rayo de luz y se extendió por toda la casa. El sol no era, puesto que estaba dando por otro lado. Él, tocó el hombro de su mujer para que mirara hacía arriba. Ella tenía entre sus manos el lirio, lo besó y dijo.

-Gracias dios mío por éste día, es un regalo ¿quién soy yo para merecer esto?.

Su marido la miraba con mucha compasión. Sabía lo mucho que sufrieron al perder a su único hijo. CAPITULO – 4 -

El verano había llegado con mucho calor. El trigo estaba segado y recogido abrazados en el suelo para llevarlo al molino. Las aves aún comían de su fruto.

Al pueblo llegó un hombre que decía ser el hijo de dios. La gente que iban a que los curara Emanuel, le hablaban de éste hombre que al parecer tenía dones para sanar y hacía milagros. Vivía en una cueva esperando que su día llegara para ser coronado por dios. Cuando a Emanuel le preguntaban que pensaba, decía.

-Que dios lo acompañe.

El invierno llegó frio y con mucha nieve. En el pueblo solo se hablaba de éste hombre por los milagros que hacía sanando a la gente. Todos

estaban volcados en él. Era una cola grande de gente que esperaban desde el amanecer.

Amor y Emanuel decidieron ir una mañana para ver de quién se trataba. La cueva no era grade. La gente estaban agrupados pidiendo entrar a gritos. Unos eran inválidos, otros llevaban a sus hijitos envueltos en una manta. Cuando Amor y Emanuel pudieron entrar, éste hombre los miraba extrañado. Era joven, alto y delgado, cabello negro largo y desnutrido.

Él, preguntó sin saber que, querían.

-¿Para qué habéis venido?.

-Para decirte que estás enfermo, tienes que comer y tomar vitaminas- dijo Emanuel.

-¡Que modales son estos!-dijo el joven muy enfadado-¡soy el hijo de dios!.

-Si en verdad eres el hijo de dios, haz ayuno una semana, haber si tu cuerpo lo resiste. Tus huesos están saliendo de tu piel ¿no te das cuenta que tú mismo te estás matando?.

El joven se llenó de cólera, se puso de pie, y dirigiéndose a Amor le dijo.

-¡Tienes que darle más educación a tu hijo!.

Amor no respondió.

El joven le dijo a gente que allí esperaban.

-Voy hacer ayuno durante una semana, y seguiré sanando y haciendo milagros. Vosotros seréis testigos que mi cuerpo seguirá en buen estado porque dios mi padre vela por mí.

Había pasado más de una semana, y se decía que el joven seguía sanando. Emanuel sentía pena por él. Estaba convencido que creía lo que decía, y eso lo estaba llevando a una enfermedad incurable, incluso a la muerte.

Emanuel quería llevar a éste joven de cerca, y ayudarlo si se dejaba. Una mañana fueron a la cueva para ver como estaba. Habían cinco personas que esperaban en la puerta de la cueva. Amor y Emanuel entraron. El joven se hallaba tendido en el suelo y apenas sin pulso.

Amor llamó al hospital para que fueran a la cueva y se hicieran cargo del joven.

Pasado dos meses fue el joven a visitar a Emanuel. Quería dar las gracias por ocuparse de él. Tanto Amor como Emanuel lo recibieron con alegría de verlo recuperado.

-Seguiré haciendo lo que hago-dijo el joven- no sé si en realidad soy el hijo de dios, creo que sí, pero no estoy muy seguro. Mi deseo es de ayudar a la gente que lo necesita.

-Sigue haciendo lo que te gusta, eso es lo más importante que cada ser humano tenemos, y al final del camino verás la realidad de todas las cosas. No te entristezcas si no es como tu pensabas, lo importante es vivir la vida que nos han regalado-dijo Emanuel.

Él joven cogió sus manos y las besó, diciendo.

-Eres un niño sabio ¿quién te ha enseñado eso?.

-Mi padre y mis hermanos.

-¿Puedo conocerlos? Me gustaría hablar con ellos para que me guiarán por el buen camino.

-Quizá más adelante te presente a mis hermanos, ahora no puede ser.

El joven se despidió y se fue.

Emanuel cumplió siete años. Esa noche era la última de subir a la montaña. Los hermanos del universo le habían enseñado todo lo referente al ser humano, su comportamiento y maneras. Estaba preparado para cumplir su misión.

La noche era agradable, el cielo estaba bordado de estrellas. La más grande que brillaba en el firmamento, dio su luz a Emanuel, lo iluminó con sus rayos. Él radiaba de felicidad, sus bellas facciones lo eran aún más.

Esa noche se despedía de los hermanos del universo. Los amaba mucho, había jugado con ellos y reído, se habían comportado con él, como niños, los iba a echar mucho de menos.

Una energía muy poderosa y radiante de luz, se posó en la gran montaña. Amor estaba a la derecha de Emanuel, con la cabeza baja y los ojos cerrados en acto de inclinación. Emanuel fue bendecido por dios padre para que siguiera su caminar hasta el final de sus días en la tierra. Puso en la palma de su mano derecha una sortija de oro con una piedra de rubí, y dijo-Llévala contigo, y ponla en tu dedo anular cuando llegue tu hora.

Todo quedó en silencio. Los hermanos del universo se acercaron a él, y basaron su frente.

Era la última noche para ellos, estaban despidiéndose de Emanuel. No había tristeza en ninguno de ellos. Se transformaron en luz blanca, e igual que una estrella subieron al firmamento y allí se quedaron con las demás estrellas de luz.

La noche era preciosa. La luna llena alumbraba la gran montaña, era la Diosa madre que

bendecía con su luz a Emanuel. Ella estaba presente el día que nació.

Al día siguiente, Emanuel era un niño distinto, su rostro era más varonil. Sus grandes ojos azul cielo daban un brillo especial.

Juana la amiga de Emanuel, ese día fue a visitarlo. Lo encontró diferente, era como si tuviera cinco años más. Ella lo miraba como si se tratara la primera vez que lo veía. Llevó su mano hasta el rostro de él, lo acarició con suavidad. Emanuel sonreía, comprendía el comportamiento de ella. Amor movía la cabeza con una sonrisa.

Esa primavera fue preciosa. Emanuel aunque era un niño, sentía como un hombre. Crecía mucho porque venía de una raza de casi dos metros de altura.

Los habitantes del pueblo se sentían felices de tener por vecinos Amor y Emanuel. Ellos creían que eran madre e hijo. Gente de otros lugares que iban para que Emanuel los curara, antes de

irse comentaban con los vecinos la suerte que tenían de vivir cerca de ellos. CAPITULO-5-

Una noche cuando todo el pueblo dormía, se escuchó un galopar de caballos. Amor dormía en un dormitorio contiguo al de Emanuel. Se levantó rápido y fue en busca de él, lo abrazó fuertemente y esperó. Llamaron a la puerta con puños, se escuchó una voz fuerte y violenta de hombre que dijo.

-¡Abrir pronto!.

Amor era un ser cósmico igual que Emanuel, y al nacer en la tierra no tenían el poder de parar la maldad de los humanos. Ella se vistió, y también lo hizo con Emanuel. Los golpes en la puerta seguían y la misma voz diciendo a gritos.-¡abrir la puerta!. Amor con Emanuel de la mano abrió. La calle estaba llena de vecinos que miraban lo que estaba sucediendo. Había un hombre alto y fuerte delante de la puerta, los demás hombres montaban sus caballos. Dijo estirando a Emanuel de un brazo.

-¡Dame al niño!.

Juana que todo lo estaba viendo junto a sus padres, dijo llorando.

-¡No le hagáis daño, llevadme a mí!.

Éste hombre vestido con capucha negra y con la cabeza cubierta, dio un empujón a Juana y la tiró al suelo. Emanuel la miró con ternura, ella con amor. Éste desconocido cogió a Emanuel y subieron en su caballo. Todos partieron a galope. Los vecinos querían saber por qué se llevaron a Emanuel. Amor no dio ninguna explicación, ella no lo sabía. Entró en la casita, se dirigió a los hermanos del universo, toda la noche estuvo en contacto con ellos.

El día amaneció con lluvia, era triste y oscuro.

Juana fue a visitar a Amor, por sus bellos ojos caían dos lagrimas que no podía contener.

-Quiero que Emanuel vuelva-decía llorando.

-Todo se va a arreglar-dijo Amor-vete a tu casa y habla con él.

-¿De qué manera? No está aquí para escucharme.

-Él, te oye, háblale para que no se encuentre sólo, eres su amiga.

Juana se fue convencida que Emanuel la escucharía.

Amor no perdía la calma, y esperaba.

Emanuel estaba lejos del pueblo. En montañas rocosas. Los hombres que lo habían raptado eran muy peligrosos, la justicia les tenían miedo, sabían donde se escondían pero nadie se atrevía a ir. Habían cogido a Emanuel porque ellos no tenían médicos, ni podían ir a ninguno.

Hacía una semana que Emanuel estaba en las montañas rocosas, había curado a varios hombres de la banda asesina, enfermedades que tenían. No le faltaba de nada, procuraban que estuviera bien para que pudiera seguir curando, todo lo hacían en beneficios de ellos.

Estaba anocheciendo y hacía frío. Uno de los hombres había encendido una gran hoguera. Todos estaban calentándose sentados en el suelo. Emanuel estaba con ellos. Vio a los dos hermanos del universo que estaban entre los hombres. Se podían distinguir por el atuendo dorado y ceñido al cuerpo que llevaban. Éstos hombres eran alrededor de treinta. Uno de ellos dio la voz de alarma.

-¡Vienen a por el niño!.

Entre seis hombres cogieron a Emanuel. Uno decía gritando.

-¡Si no os vais, matamos al niño!.

Uno de los hermanos del universo, avanzó hacía ellos. Tocó el brazo de uno de los hombres que retenía a Emanuel. Al instante lanzó un grito de dolor, y lo soltó.

-¿Qué haces?-dijo su compañero.

-¡No quiero seguir con esto, me voy!-dijo soltando a Emanuel-Estos dos raramente vestidos, van a cavar con todos nosotros.

Los otros cinco dejaron libre a Emanuel, y huyeron por las montañas. El grupo se deshizo y desaparecieron todos de aquel lugar.

Los hermanos del universo llevaron a Emanuel a la casita. Amor lo recibió con los brazos abiertos. Los hermanos se despidieron y se fueron.

Emanuel había cumplido diez años. Todo transcurría con normalidad. Era guapo con sonrisa de ángel y mirada de amor.

Juana se había desarrollado. Las facciones de jovencita las tenía bien marcadas. Era alta, delgada y con mucha vitalidad. Sentía un amor muy profundo por Emanuel. Se habían criado juntos, una casa cerca de la otra, todos los días se veían, unas veces ella iba a casa de Emanuel, y otras él, a casa de ella. Los dos estaban muy unidos y enamorados en lo que daba su edad.

Juana era la más avanzada en palabras hacía Emanuel. Él, sentía lo mismo hacía ella pero, sabía que su vida tenía que ser repartida entre mucha gente, hombres, mujeres y niños. No descartaba conocer el amor. Ya con diez años se sentía hombre. Juana le gustaba mucho y la amaba como un hombre puede amar a una mujer, pero aún eran niños. Emanuel a su edad amaba a las mujeres, las ponía en un pedestal, la muestra la tenía en Amor. Muchas veces la observaba, y la rodeaba de cariño. Era de facciones hermosas, bellas y de mucho encanto. Muchos hombres hubiera dado todo lo que poseían por casarse con ella.

Era por la tarde y hacía buen tiempo. Amor, Emanuel y Juana salieron a dar un paseo por el campo. Amor conocía los pensamientos de Juana hacía Emanuel. Ellos dos andaban delante, Amor detrás, les dejaba mucho espacio para ellos, y hablaban de sus cosas. Juana cuando le comentaba algo, se refería siempre a ellos dos, haciendo futuro.

Una luz grande y blanca apareció en el cielo. Emanuel se dio la vuelta y mira a Amor. Ella asintió con la cabeza. Juana seguía hablando sin haberse percatado de nada. En su mente solo estaba Emanuel y lo mucho que lo quería, no se imaginaba que en poco tiempo, los dos se iban a separar. Emanuel la iba escuchando, sentía mucha ternura por ella, y pedía al padre celestial que la ayudara cuando él, se fuera. Sabía que se iba a encontrar a lo largo de su vida con mujeres jóvenes que sentirían amor hacía él. Era una lucha que tenía que llevar, era consciente de ello.

Emanuel había cumplido catorce años. Su rostro era el de un hombre muy atractivo. Juana se había convertido en una joven muy agraciada y coqueta, sobretodo lo era para que Emanuel la viera guapa. Ella tenía en su cabeza, su mundo formado, y su mundo era Emanuel. Se vía casada con él, y muchos hijos a su alrededor, con una vida plena, llena de amor y satisfacción.

El día que tenía que partir estaba próximo. Emanuel tenía que preparar a Juana y decirle que, su destino estaba en otros lugares de la tierra, y que se tenía que ir.

Juana hacía dos años estaba cosiendo su ajuar con la ayuda de su madre. Las sabanas las habían bordado con las iniciales de Emanuel y de ella. Todo lo tenía metido en su cabeza, también su madre, veía que Emanuel era el marido perfecto para su hija.

Emanuel pidió ayuda a Amor. Ella tenía que ayudarlo en esa fuerte lucha que él, solo no podía hacer por tratarse de Juana. No podía soportar verla sufrir, su amor hacía él, era muy grande.

Cuando Emanuel se fuera, ella no se quedaría en ese pueblo de Argentina. Su misión ahí acababa. Los dos se presentaron en la casa de los padres de Juana. La madre vio raro que Amor los fuera a visitar con Emanuel, ella no había ido nunca a su casa, ni a la casa de nadie.

La madre de Juana fue a preparar merienda. Puso en la mesa leche en tazas y un bizcocho.

Juana se sentó al lado de Emanuel. Quería estar cerca y cogerle la mano. Amor seguía todos los gestos de ella. Sentía mucha pena de hablar y decirle a lo que iban. Emanuel marchaba dos días después. Amor seguidamente también, otra misión la esperaba en otro lugar de la tierra.

La madre de Juana miraba a su hija y a Emanuel. Ella la veía feliz con la mano cogida de Emanuel. Amor no quería demorar más el tiempo. Estaba sufriendo igual que Emanuel pero, la realidad tenía que estar presente. Amor humedeció sus labios, miró a Emanuel y dijo.

-Hemos venido para despedirnos, nos vamos del pueblo.

A Juana se le descompuso la cara. Dos lagrimas le caían por las mejillas. Emanuel la abrazó, y le dijo.

-Aunque esté lejos pensaré en ti. Conocerás al hombre que te va hacer feliz hasta el resto de tus días.

-No quiero a otro hombre, solo te quiero a ti-
dijo llorando-Illévame contigo, iré a donde tú vallas, a donde tú me quieras llevar.

-No puede ser. Yo no he decidido irme pero, lo tengo que hacer porque así me lo mandan.

-Dime quién te lo manda y, yo hablo con esa persona para que me deje ir contigo, el amor lo puede todo.

-Mi querida Juana, no es eso, no lo puedes entender-dijo Emanuel con los ojos húmedos-me debo a más gente, mi vida está en todos sitios y en todos lugares, nací para eso.

La madre de Juana intervino preguntándole a Amor.

-¿Os marcháis lejos de aquí como para que Emanuel y mi hija no puedan verse?.

-Aún no sabemos a dónde vamos.

-No es cierto lo que dices. Cuando cambiamos de residencia, sabemos dónde vamos.

-Vosotros sí, pero no nosotros, y tampoco nos dejan a elegir.

-No entiendo nada, ¿en verdad no sabéis a dónde vais? ¿no tenéis una casa dónde vivir?.

-Lo sabremos más tarde, cuando emprendamos el camino nos mostrarán el lugar.

La madre de Juana estaba fuera de sí, no creía lo que Amor estaba diciendo, y dijo.

-Hace catorce años que vivís cerca de nosotros, os tengo mucho respeto, y aunque seas madre soltera, nunca te lo he dicho.

-No soy madre soltera. Emanuel no es mi hijo.

-¿Qué estás diciendo? ¿robaste al niño?.

Emanuel intervino diciendo.

-Ella de alguna manera es mi madre. Me ha criado y me ha enseñado parte de lo que se.

-Todo esto no es normal- dijo la madre de Juana llevándose las manos a la cabeza.

Se oyó una voz masculina que dijo.

-Emanuel es mi hijo amado. El que ha vuelto otra vez a la tierra. Sí creéis en él, estáis creyendo en mi. Tenéis suerte los que habéis vivido cerca de él, y habéis visto todos los prodigios que ha hecho.

-¿Qué está ocurriendo? ¿quién ha hablado?- dijo la madre de Juana algo asustada.

-Se ha oído la voz de mi padre-dijo Emanuel.

-¿Quién es tu padre, dónde está?, yo no lo veo por ningún sitio. Es raro lo que está ocurriendo.

-Está aquí con nosotros, siempre lo está, nos acompaña a todos en cada momento, vigila nuestro sueño, también que no nos falte el alimento cada día.

Juana había secado sus ojos. Comprendió desde el primer instante que amor habló, que

se trataba de lo divino, era la causa por la que se iban. Miró a los tres y dijo.

-Amo mucho a Emanuel es cierto, y lo seguiré amando hasta el resto de mis días. No estaba muy segura de quién podría ser pero, ahora me doy cuenta que su lugar no está aquí entre nosotros. Ha nacido para ser libre, para ir ayudando a quién lo necesita, hay mucha más gente que lo necesita más que nosotros. Sería yo egoísta si lo quisiera acaparar para mi sola, y sufría yo de ver que no podría hacer su misión, y el miedo mío es, de ser castigada por mi ignorancia.

Su madre la miraba atónita, era la primera vez que oía a su hija hablar de esa manera, de estar convencida de que eso era lo mejor para ella y para Emanuel.

Juana miró a su madre y dijo.

-Sé que no lo entiendes mamá. Yo tampoco lo comprendía antes, es ahora al escuchar la voz

de dios que me he dado cuenta, y he despertado.

-Tanto tiempo viviendo a tu lado y nunca me he percatado de cómo eres-dijo la madre de Juana con un movimiento de cabeza.

-Mamá, tampoco lo sabía yo. Hoy es un gran día para mi aunque esté triste por la ida de Emanuel, y quizá no lo vuelva a ver más. Pero lo importante para mi es, que ha pasado por mi vida un ser maravilloso como no hay en la tierra. Solo con ese pensamiento, estoy segura que voy a ser feliz con el hombre que me case.

Emanuel rodeó con su brazo la cabeza de Juana, y besó su frente, seguidamente le dijo.

-Es cierto que serás feliz con el esposo que elijas, tendrás hijos, los varones hermosos como el sol, y las hembras bellas como la luna llena en una noche repleta de estrellas. Eso es lo que mi padre tiene preparado para ti.

-¿Es cierto que eres el hijo de dios?-preguntó la madre de Juana todavía aún sin comprender.

-Sí lo es-dijo Amor- esa es la razón de que yo lo haya criado desde el momento que nació.

-¿Tiene padres biológicos en la tierra?.

-Sí los tiene. Todo ser humano que haya nacido en la tierra, tiene padre y madre.

-¿Los conoces, sabes quiénes son?-seguía preguntando la madre de Juana.

-No los he visto, pero sé quiénes son.

-¿Tú quién eres? Sabemos que te llamas Amor pero, no de dónde vienes.

-Es difícil decírtelo, no lo ibas a entender.

-¿Tan difícil es como para que yo no lo entienda?.

-No es que sea difícil es complicado. ¿Has entendido de dónde procede Emanuel?.

- La verdad que no. Creo que Juana si o, eso es lo que yo creo.

Juana encogiéndose de hombros, dijo.

-No sé exactamente el procedimiento de ninguno de los dos, ni quiero indagar en ello. Estoy segura que es sagrado, un misterio, y como tal, debe quedarse.

-¿Qué vais hacer con las cabras y las gallinas?-pregunto la madre de Juana.

-Las dejaremos en la casita, tú te haces cargo de traértelas aquí, son tuyas-dijo Amor.

Regresaron a la casita. Habían pasado una tarde maravillosa. A la mañana siguiente, sacaron como cada día las cabras al campo para que comieran.

El día de la ida llegó. Emanuel puso en el dedo anular de su mano derecha, la sortija de oro y rubí que el padre le entregó la última noche en la montaña.

Era de madrugada. Amor y Emanuel salieron de la casita de dónde habían vivido durante catorce años. Ninguno de los dos llevaba equipaje, sólo Emanuel sostenía en la mano derecha una vara de rama de cedro para

caminante. Al llegar al campo se detuvieron. Amor y Emanuel se despidieron allí con un fuerte abrazo.

En el cielo apareció una gran luz blanca. Era la nave que venía para recoger a Amor. Una de las tres puertas se abrió, dos hermanos del universo salieron fuera. Hablaron con Emanuel unos segundos, el tiempo de saludarse. Seguidamente después, ellos y Amor entraron en la nave y desapareció en el cielo.

CAPITULO – 6 –

Emanuel andaba con la mirada baja. Sentía nostalgia de dejar a Amor, si por él, hubiera sido, habría estado con ella toda su vida pero, su vida dependía de lo que dios padre le pusiera ésta vez en su camino, él, no sabía lo que le tenía preparado. Todo estaba por descubrir.

Llegó a un grueso árbol. Se sentó sobre la hierba reposando la espalda en el grueso tronco. Recordaba todo lo que Amor le enseñó,

y lo que un día le dijo – Le habló de quién eran sus padres en la tierra, y en qué lugar habitaban, y que un día iría para conocerlos y darles las gracias por haber nacido en su seno.

Emanuel durmió un rato, lo suficiente para descansar y seguir caminando. Llegó a un río, bebió agua y se estuvo lavando. No lejos de allí se veían las casas blanca de un pueblo. En el camino habían árboles de moras. Cogió dos puñados y las fue comiendo.

Al llegar al pueblo, vio que por una calle bajaban siete hombres vestidos con túnicas blancas. Sus cabezas estaban rapadas, eran de ojos forma de almendra, y de facciones armoniosas. Al cruzarse con ellos, se miraron y se saludaron inclinando la cabeza. Emanuel se acercó y les preguntó.

-¿Quién sois?.

-Señor, ¿por qué nos haces ésta pregunta?-
dijo uno de ellos-sabes quiénes somos y también conoces nuestros nombres. Nuestra

misión es de ir dónde tú vallas, somos tus servidores y tus guardianes.

Emanuel radiaba de tanto amor que sentía dentro de él. Su rostro se iluminó, sus cabellos dorados brillaban como el sol. Sus ojos azules como el cielo echando chorros de luz. Sus ropas se convirtieron en una túnica color dorado con mucho brillo. Sus sandalias de un dorado sol radiante.

Los guardianes de Emanuel al contemplar ésta transformación, se postraron a sus pies diciendo. -¡Viva el rey del universo!.

Emanuel puso sus manos sobre la cabeza de cada uno, y dijo.

-Sois los guardines de mi legión, los que yo formé en el universo junto a mi padre.

-¿Dónde os dirigís ahora?-preguntó uno de los guardianes.

-Voy a dar la vuelta a la tierra humildemente, y trabajar.

-¿Qué clase de trabajo vais hacer?.

-El que los hombres me den. Vosotros estaréis conmigo y lo veréis.

-¿Volverán hacerte daño?.

-Ésta vez el padre no lo va a permitir, la historia no se va a repetir, y será diferente. Ahora los humanos creen de otra manera, dicen amar a dios pero a su modo. Los que realmente buscan a dios, lo hacen desde el interior de su corazón y de su mente. Sólo con su pensamiento entran directamente a dios, y el padre les muestra el camino a seguir.

-¿Dónde pasareis la noche?-preguntó uno de los guardianes.

-Ésta noche me quedo con vosotros. Necesito vuestra compañía.

-Al otro lado del pueblo hay un río y árboles para descansar.

-Es allí dónde vamos. Nos despertaremos con el canto de los pájaros.

Habían elegido un llano cerca del río. El agua que bajaba llevaba un sonido de campanillas muy agradable. La noche era apropiada para hablar del universo y de los humanos en sus creencias.

Emanuel y los siete guardianes se sentaron sobre la hierba haciendo un corro. Uno de ellos le preguntó.

-¿Encontraréis a todos los discípulos hombres y mujeres que dejasteis hace dos mil años?.

-Para eso he venido, y para mucho más. Ahora el padre me ha dejado opción para que yo pueda elegir a mi manera lo más conveniente.

-¿Os reconocerán los de antes?-preguntó otro guardián.

-El que lo haga él, o ella, eran mis discípulos más queridos, los que estuvieron cerca de mí. Yo reconoceré a todos, uno por uno. Tienen otro físico y otra vida, el tiempo no es el mismo. El espíritu si, y es al espíritu al que vengo a reconocer para que me siga.

-¿No os importa la vida que cada uno haga ahora?-preguntó otro guardián.

-Ya he dicho antes que lo importante es el espíritu. El alma lo acompaña hasta el resto de la eternidad.

Era de madrugada. Tenían que dormir algunas horas. Con el sonido musical que llevaba el agua se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente, el trino de las aves los despertaron. El sol salía por el horizonte, se preparaba un día bonito. Se bañaron en el río, y comieron de los frutos que daban algunos de los árboles que por allí habían. Al despedirse, Emanuel fue campo arriba con su vara de cedro apoyándose en ella. Los siete guardianes cogieron otra dirección pero, sin perder de vista a Emanuel. Él, necesitaba ir solo, tenía que ser de esa manera, bajo la vigilancia de los siete guardianes de su regimiento.

Emanuel había cambiado de ropa, vestía con el pantalón y camisa que salió de la casa con Amor.

Llegó a un pueblo. Eran casas grandes de campesinos. Se paró en una puerta y llamó con el llamador de hierro de herradura. Un hombre de avanzada edad abrió. Miró a Emanuel de arriba abajo, y preguntó.

-¿Qué quieres?.

-Busco trabajo, no pido sueldo, solo alojamiento y comida.

-¡María!- gritó el hombre de avanzada edad.

Salió del interior de la casa una mujer de mediana edad.

-¿Qué ocurre?-preguntó ella.

-Éste joven busca trabajo a cambio de alojamiento y comida.

-Ahora no es época de siembra pero, puede ocuparse de los animales y de las tareas más pesadas de la casa.

-Sí acepto- dijo Emanuel.

-Entra y acomódate. La chimenea está encendida, puedes calentarte si tienes frío.

Se trataba de una vivienda grande pero modesta. Sentada en una silla junto a la chimenea, estaba una niña de unos cinco años de edad. Al ver a Emanuel, agachó la cabeza con timidez y sonrió.

-Coge una silla y siéntate cerca de la lumbre- dijo la mujer.

Emanuel se sentó, pero no tenía frío. Miró a la niña y le preguntó.

-¿Cómo te llamas?.

-Elena.

-¿Cómo te llamas tú?-preguntó Elena con timidez y sin parar de reírse.

-Emanuel, ¿gusta mi nombre?- dijo acariciando la barbilla de Elena.

-Es la primera vez que oigo ese nombre, pero me gusta.

El anciano llegó hasta la chimenea, y dijo a su nieta.

-¿Te estás haciendo amiga de éste joven?.

-Abuelo, se llama Emanuel.

La dueña de la casa venía con una vasija grande llena de agua. Emanuel al verla, fue rápidamente y se la quitó. Ella dijo.

-Ponla en el fuego para que se caliente.

-Ahora es raro ver a un joven trabajar- dijo el anciano- ¿Te has escapado de tu casa?.

-No- Respondió Emanuel negando con la cabeza.

-¿Cómo dices que te llamas?.

-Abuelo. Se llama Emanuel-recalcó Elena.

-Me gusta ese nombre. Si me quedo embarazada y es un niño, le pongo ese nombre-dijo la madre de Elena.

-¿Por qué me pusiste el nombre que tengo?-
preguntó Elena a su madre.

-Porque la abuela se llamaba así.

-Mamá. ¿Por qué dices si tuvieras un niño lo
llamarías Emanuel?. El abuelo no se llama así.

-Me gusta ese nombre hija-dijo riendo.

Se escuchó una voz masculina.

-¡Buenas tardes a todos!.

María fue hasta su esposo, acababa de llegar.

-¿Quiénes éste joven-preguntó él.

-Nos ha pedido quedarse a trabajar.

-¿De qué le vamos a pagar?.

-Juan, no pide dinero, sólo cama y comida.

Juan se acercó a Emanuel. Le preguntó.

-¿No eres de aquí verdad?. Yo no te conozco.

-No he nacido aquí pero mi tierra también es
ésta.

-Me gusta como hablas muchacho. ¿Qué edad tienes?.

-Catorce años.

Juan miró a su padre y a su esposa y dijo.

-Ahora la juventud abandona la casa paternal sin saber nada de la vida. Esa es la triste realidad.

- Hablas de esa manera porque no conoces nada de mí-dijo Emanuel.

-Es lo mismo. Para mí, eres todavía un niño. Puedes quedarte aquí hasta que tus padres vengan a buscarte. Estás en buenas manos.

Emanuel rio mirando a Elena, y le guiñó un ojo.

CAPITULO – 7-

María había preparado la cena. Todos cenaban alrededor de la mesa. Elena estaba sentada a la derecha de Emanuel con la cabeza baja y la cuchara en la mano.

-come- le dijo Emanuel.

Elena enrojeció como una amapola. Con cinco años que tenía y sentía atracción hacía él. Era normal puesto que su belleza y su sonrisa, era la de un ángel.

María preparó a Emanuel una habitación que hacía tiempo no la usaban. Desde que se casaron y vivía con ellos una hermana de ella que más tarde se casó. La habitación era rústica y sencilla. Emanuel ya solo en el dormitorio, hizo la oración de cada noche.

-Padre. Ayuda a Elena a que me reconozca. Ahora es una niña, y sé que en ella hay mucho amor, como lo hubo en su anterior vida.

A la mañana siguiente, después de que cantara el gallo, Emanuel se levantó. Salió de la casa y se dirigió al riachuelo. El agua bajaba fría y limpia. Bebió agua, y se lavó la cara y manos. Seguidamente hizo un rato de meditación sentado al borde del riachuelo. Hacía un rato

que estaba con los ojos cerrados, la voz de Juan hizo que los abriera.

-¿Qué haces aquí tan temprano?.

- me gusta sentir por la mañana el agua que baja por el riachuelo, y su frescor.

-Con esas sandalias no puedes pasar el invierno-dijo Juan mirando los pies de Emanuel-luego te pruebas unas botas más haber si te están bien. Ahora en invierno hace frío, y por la noche más. María te está esperando con un saco de grano para que se lo echas a las gallinas.

Todos estaban alrededor de la mesa tomando la primera comida del día. El abuelo preguntó a Emanuel. -¿A dónde ibas hoy tan temprano?.

-Lo encontré el riachuelo sentado en el suelo con los ojos cerrados-dijo Juan.

-¿No has dormido bien ésta noche?-preguntó María.

-Muy bien. Tengo una vieja costumbre, es de levantarme temprano cada día y dar las gracias a dios por todo lo que me ha dado.

Todos lo miraban fijamente sin hacer ningún comentario Fue Elena la que habló.

-Yo también rezo por la noche, y le doy gracias a dios por todo lo que tengo, y le pido que mi familia tenga salud. Anoche también recé por Emanuel, para que se quede con nosotros mucho tiempo y no nos deje.

Emanuel le echó una sonrisa, y siguió comiendo pan frito, miel y leche.

-¿Necesitas hoy a Emanuel?-preguntó Juan a su mujer.

-No. ¿Por qué lo preguntas?.

-Quiero enseñarle el granero.

El campo en aquel lugar era bonito aún sin brotes de lo ya sembrado.

Se escuchó la voz de Elena que llamaba a Emanuel. Él, miró por la ventana del granero. Ella venía por el campo llamándolo a gritos.

-¿Qué ocurre?-preguntó Juan-¿te manda tu madre?.

-No papá. Quiero ver lo que está haciendo Emanuel.

-¿Y para eso tantos gritos?.

Elena enrojeció ante la mirada risueña de Emanuel. Él, le dijo.

-Ésta noche junto a la chimenea vamos a hablar tú y yo.

-¿De qué vais hablar?-preguntó Juan.

-Del reino de dios y de su creación.

-Está muy bien que le enseñes religión.

- No es religión. Dios es un pensamiento, una creencia que todo ser humano traemos al nacer.

-¿Entonces por qué las religiones están basadas en dios?.

-Por intereses. Son los hombres que las han inventado, porque encontraron una fuente de ingresos-dijo Emanuel afirmando con la cabeza.

-¿No fueron los profetas que las trajeron?.

-Ningún profeta habló de religión. Todo lo que decían se basaba en una ética divina para que el ser humano su comportamiento fuera mejor.

-¿Qué me dices de todas las iglesias que hay construidas por toda la tierra?.

-Ya te he respondido antes. Sólo son intereses para que las personas que saben que son pecadoras, porque todo ser humano lo es. Nacemos de esa manera. La iglesia les hace creer, que yendo allí y dando limosnas, todos los pecados son perdonados.

-¿No es verdad?-dijo Juan algo confuso.

-No. El interés de todas las religiones es de hacer creer, que dios perdona cuando se dan donativos a la iglesia que sea. Es por esa razón que acumulan tanto dinero y bienes.

-¿Qué me dices de Jesús cuando vino a la tierra y le dio al apóstol Pedro una piedra para que empezara a construir la primera iglesia?.

-¿Te estás refiriendo a la biblia?-dijo Emanuel.

-Sí. En ella está escrito-dijo Juan.

-Lá biblia que leis, no és exacta. La autentica que se escribió, está muy bien guardada para que no sé sepa la verdad de todo lo que Jesús dijo.

Juan estaba totalmente sorprendido, y dijo.

-Eres todavía un niño, sólo tienes catorce años. ¿Cómo sabes todo eso?.

Emanuel sonrió afirmando con la cabeza.

-No has respondido a mi pregunta.

-Es difícil que te responda ahora. Mi trabajo todavía no ha empezado.

-¿A qué trabajo te refieres? Hoy es tu primer día, apenas hay nada para hacer.

Sé escuchó la voz de María que decía gritando.

-¡Venir rápido, una de las vacas está pariendo!

El animal tenía su becerrillo medio fuera. Juan que era experto en éste menester, ayudó a que saliera y también limpiarlo. La madre hizo después todo el resto.

Elena siempre quería estar cerca de Emanuel, le gustaba su compañía y reía con juegos. Cuando salía cada día de la escuela, iba a buscarlo pero, no siempre estaba disponible por su trabajo. Cada noche después de cenar, se sentaban cerca de la chimenea, Emanuel le hablaba del universo, de la creación y de la madre naturaleza. María los vigilaba. Se había dado cuenta la atracción que el uno sentía hacía el otro. Aunque Emanuel era un

adolescente y Elena una niña, no descartaba que los dos sintieran amor. Era cierto que lo sentían pero, no como ella pensaba. Lo de ellos era espiritual.

Una noche el matrimonio en su dormitorio María dijo a Juan.

-Emanuel y Elena se aman.

-¿Mujer, que dices? Nuestra hija solo tiene cinco años, y Emanuel catorce, son dos niños ¿qué te hace pensar en tal cosa?.

-Tienen miradas cómplices, se ríen solo mirarse, se cogen la mano. Emanuel le cuenta historias, y Elena lo mira a los ojos sin parpadear.

-¿Eso qué tiene de malo? Son niños y juegan.

-Eres hombre y no lo entiendes. Yo con cinco o seis años me enamoré.

-¿De quién?-preguntó Juan bastante confuso.

-De un amigo de mi hermano mayor. Él, tenía dieciséis. Me ponía roja como una amapola

cuando venía a casa. Me escondía para que no me viera, pensaba que lo iba a notar. Es lo mismo que le pasó a Elena los primeros días con Emanuel.

-No creo que lo de ellos sea eso que dices. Aunque no hace mucho que Emanuel está aquí, tengo confianza en que se queden solos. Yo los veo cómo hermanos. Él, dijo que era hijo único, Elena también. ¿Qué malo hay en que jueguen, se cojan de la mano y se cuenten historias?.

-El tiempo lo dirá-dijo María asintiendo con la cabeza.

-Es posible que Emanuel se valla pronto de aquí. Un día me dijo, que cuando terminara lo que venía hacer se iría.

-¿Dónde va a ir, si sólo es un niño? Ha tenido la suerte de dar con nosotros, estoy segura que se quedará aquí.

-¿También crees que se va a casar con nuestra hija?-dijo Juan riéndose.

-¿Por qué no, sólo se llevan nueve años?
¿Cuántos me llevas tú a mis?.

-Once. Pero lo nuestro es diferente. Ya éramos mayores cuando nos conocimos, teníamos que darnos prisa para casarnos porque queríamos tener hijos, y sólo ha venido Elena.

-Todavía podemos tener otro hijo o hija. ¿Qué te parece?.

-No podemos poner tú vida en peligro ni el de el hijo que viniéramos. ¡Recuerda! En dos meses cumplés cincuenta años.

María no estaba convencida con la decisión de su marido. Ella quería volver sentirse madre.

Los chopos que ardían en la chimenea estaban acabándose de quemar. Emanuel y Elena seguían junto al fuego hablando de lo divino. Ella estaba con la boca abierta escuchando, aunque los ojos se les iban cerrando poco a poco.

-Es hora de irse a dormir-dijo Emanuel.

María observaba de lo alto de la escalera los movimientos de ellos dos. Bajó los escalones arrastrando el filo trasero de su camisón blanco. Llegó hasta la chimenea. Elena estaba medio dormida, la cogió en brazos, subió al dormitorio y la dejó en su cama dormida.

María en su dormitorio miró por los cristales de la ventana. Era la hora que Emanuel salía de la casa y se dirigía al río para meditar.

-¿Qué irá hacer a éstas horas tan tarde al río-dijo María a Juan-todas las noches coge el mismo camino.

-Dice que va a meditar, y oír el agua que baja por el riachuelo.

-¿Te ha hablado de sus padres?.

-No menciona nada sobre ellos.

-¿Le has preguntado?. Es posible que te diga algo. No quiero imaginarme cómo estarán.

-Mujer, deja que todo siga como está

-¿Tú no estarías intranquilo si fueras su padre?.

-Ven a la cama, y deja éste tema que tengo sueño.

CAPITULO -8 –

La noche estaba alumbrada por la medía luna. Los siete hermanos del universo esperaban a Emanuel cerca del riachuelo. Al encontrarse se hicieron un saludo inclinando la cabeza.

-Señor estamos aquí para advertirle y tenga en cuenta a maría. Es madre y como todas, tienen celos de quién se acerca a sus hijos-dijo uno de los hermanos del universo.

-Me he dado cuenta pero, mi misión tiene que seguir hasta el último que encuentre y me reconozca.

-¿Dejaría a uno de nosotros entrar en su pensamiento para hacerle ver que está equivocada?-dijo otro hermano.

-No. Es mejor que ella por si misma sepa que Elena es grande aquí en la tierra. Hay que darle tiempo, recordar que es humana-dijo Emanuel.

Sé sentaron al borde del riachuelo. El agua que bajaba parecía música celestial tocada por pequeñas campanas.

-¿Hace mucho que habéis llegado a éste pueblo?-preguntó Emanuel.

-Hoy. Estamos recorriendo sus calles empinadas, y montañas a su alrededor. Ésta noche nos quedaremos en una de ellas.

-¿Habéis entrado en casa de Juan y de María?.

-Nos hemos quedado fuera pero, sabemos cómo es por dentro. Lo hemos revisado todo. No sabíamos si os iba a gustar que entráramos.

-Es mejor de ésta manera. Todos creen que voy solo-dijo Emanuel cogiendo agua del riachuelo y llevársela a la cara-id y descansar, mañana tenéis otro trote.

-Señor. ¿No nos necesitas ahora?-dijo otro hermano.

-Por ahora no, aunque tengo mucho aquí por hacer pero es asunto mío.

Los siete hermanos del universo se levantaron de la hierba, y se despidieron de Emanuel.

Era de madrugada. La lluvia caía sin cesar inundándolo todo. Un estrepito fuerte sacudió la casa que venía del establo. Los caballos relinchaban sin parar. Juan fue rápidamente para calmarlos, y se encontró que el agua cubría mitad de las patas de todos los animales.

Emanuel entraba en el establo, y tranquilizó a Juan y, a los animales.

-No tengas miedo y tranquilízate-dijo a Juan- Pronto acabará ésta lluvia, saquemos a los animales de aquí.

Los llevaron debajo un techo que servía en verano para que los animales no pasaran calor.

Ante tanto ruido, María y su padre salieron de la casa y ayudaron a retirar el agua del establo con cubos y palas. Mientras estaban con ésta tarea, se despertó Elena. Bajó las escaleras y se quedó en la puerta de la casa. Delante de ella había un hermano del universo. Elena se asustó. Era la primera vez que lo veía, alto, cabeza rapada, ojos almendrados y bello de rostro, vestía con túnica blanca.

-No te asustes-dijo tocando la frente de Elena.

-¿Quién eres?-preguntó muy tranquila.

-Un hermano de Emanuel.

-Está en el establo, retirando con mis padres y mi abuelo el agua que ha caído de la lluvia.

-Pronto habrá pasado todo, no te preocupes.

-¿Cómo has llegado aquí?.

-Volando-dijo riéndose para hacer gracia.

Elena soltó una carcajada infantil, y dijo.

-No tienes alas.

-Mira dónde las tengo-dijo dándose la vuelta.

-¡Oh! Son muy bonitas-dijo ella sorprendida-
¿Eres un ángel.

-Lo soy. ¿Quieres que te lleve sobre mis alas volando?.

-Sí. ¡Divertido!.

El hermano del universo subió a Elena sobre sus alas, y voló con ella por todas aquellas montañas. Le dio un paseo y después la dejó en la puerta de su casa.

Hacía rato que había parado de llover. Los animales estaban resguardados de bajo del techo, y el agua del establo la habían quitado.

-¿Qué haces levantada?-dijo María entrando en su casa.

-¡Mamá, he ido volando con un ángel!-dijo Elena muy emocionada.

-¿Ya has tenido otro de tus sueños?.

-Es cierto. Me ha llevado volando entre sus alas, y he visto las montañas desde arriba.

-Esto que dices es cosa de Emanuel, de todo lo que te mete en la cabeza cuando os quedáis solos por la noche. Eso se va acabar. Te irás pronto a la cama.

-¡Mamá, es cierto que he volado ésta noche con un ángel!.

-¿Sabes quién es?-preguntó María.

-Me ha dicho que es hermano de Emanuel.

María lo miró. Él, reía con la cabeza baja.

-Elena, no quiero que me cuentes otra de tus fabulas, con ésta noche ya hay bastante. Vete a la cama, que mañana tienes colegio.

-¡Es verdad, he volado con un ángel!-decía subiendo las escaleras.

-¿Has visto lo que has conseguido?-dijo María a Emanuel como reproche.

-Elena ha dicho la verdad-mantuvo Emanuel.

-¿Es cierto que tienes más hermanos?.

-Muchos.

-¿Por qué no vienen a visitarte?. Nosotros no hemos visto a ninguno. ¿Tus padres dónde están?.

-En otro lugar de la tierra. Pero mis verdaderos padres viven en el universo.

-También tú estás lleno de fabulas. Son historias que te inventas, y se las cuentas a Elena. Ella como sólo tiene cinco años, se las cree.

-María, tienes ojos pero no ves. Tienes oídos pero no oyes. Tienes manos pero no tacto.

-No sé qué quieres decir, y tampoco comprendo cómo Elena te entiende.

Juan entraba en la casa con aspecto de cansancio y dirigiéndose a María dijo.

-Vamos a dormir las pocas horas que quedan.
Mañana hay mucho por hacer.

El tiempo de la siembra había llegado. Juan y Emanuel trabajaban la tierra. Juan iba haciendo surcos con una maquina y Emanuel echaba las semillas. Elena también ayudaba a ésta labor en sus ratos libres. Éste tiempo lo aprovechaban para hablar de dios y de su reino. Iban juntos dejando las semillas en la tierra. De esa manera, Elena no perdía el contacto con lo divino, ya que su madre había prohibido que se quedaran por la noche hablando junto a la chimenea.

Una tarde Emanuel y Elena fueron paseando hasta el riachuelo. Buscaban momentos para estar juntos y hablar de la creación. Ella se quedaba ensimismada escuchándolo a él. Emanuel la ponía al corriente de cómo es el ser humano, sus reacciones, sus gustos, sus alegrías y sus penas.

-¿El ser humano es incompleto?-dijo Elena.

-¡Exacto! Es por esa razón que es humano.

-¿Por qué dios lo hizo a sí?.

-Hay muchas razones. Una de ellas es para que aprenda su comportamiento desde la primera reencarnación que vienen a vivir a la tierra. Están creados de el bien y del mal. Sus mentes se alteran cuando el negativo está actuando en ellos. Se hacen un lío sin saber qué hacer. Lloran desesperadamente cuando un ser querido se va, porque su hora en la tierra a terminado. La tierra es un lugar de aprendizaje, y cuando se han vivido muchas vidas y son casi perfectos, al nacer de nuevo están destinados a otro planeta más avanzado y progresista.

-¿Quieres decir que hay otros planetas habitados?.

-Hay muchos. El universo es grandioso, no se puede conocer su fin.

-¿Tú tampoco lo conoces siendo el hijo de dios?.

Emanuel miró al cielo, y dijo.

-¡Gracias padre por escuchar mi oración!.

-No has respondido a mi pregunta. Sé que eres el hijo de dios pero no me lo quieres decir.

-¿Crees que soy el hijo de dios?.

-Estoy segura. La otra noche tuve un sueño contigo. Era otra época. Yo lloraba de verte sufrir.

-¿Estás segura que era yo?.

-Sí. Igual que eres ahora salías en el sueño, andando descalzo por un camino de rosas y espinas pero no te pinchabas al caminar. Habían muchos hombres y mujeres que te estaban esperando para que tú los bendijeras.

Sé que estás aquí por alguna razón que yo no conozco porque soy una niña. Un día te irás, y lloraré de verte partir.

Sé oyó la voz de María llamando a su hija. Ya estaba cerca, y empezó regañar a Emanuel.

-¡No sabía dónde estabais! ¿Te das cuenta la hora que es?.

-Ya nos íbamos para casa-dijo él.

-¡No quiero que te quedes a solas con mi hija!

Es una niña y no entiende las cosas.

-Ella conmigo está bien. Necesita la compañía de alguien que no sean sus padres para que juegue y exprese lo que piensa.

-¿Qué quieres que piense una niña de cinco años? ¡Con el cariño que su padre y, yo le damos, tiene bastante!.

Por la noche cuando todos dormían. María fue al dormitorio de Elena. La despertó de su sueño, y le preguntó.

-¿Quieres a Emanuel más que a mí y que a tú padre?.

-Mamá, es cierto que lo quiero. Junto a él, soy muy feliz.

-¡Qué dices, si sólo eres una niña! ¿Cómo vas a ser feliz con un joven que apenas lo conocemos, y además, te lleva nueve años?.

-Mamá, no sé qué quieres decir, pero yo sí.

-estoy segura que te hablo de algo que no entiendes por tu edad.

-Si lo que quieres saber es si lo amo, sí.

-¡Cómo es posible que digas eso, sólo eres una niña! ¿Qué entiendes tú de amor?.

Juan entró en el dormitorio de Elena.

-¡Mujer, que haces aquí a éstas horas y pegando gritos!-dijo Juan enfadado.

-¡Escucha lo que dice tu hija, estaba yo en lo cierto!.

-Vete a la cama. Estás despertando a todos.

-¿No quieres saber nada de lo de Elena y Emanuel?.

-Mañana me lo cuentas. Ahora son las cinco y pronto va a cantar el gallo.

-Sólo quiero que escuches esto de tu hija. Pregúntale si ama a Emanuel.

Juan con toda la paciencia del mundo, preguntó para que su mujer se callara.

-¿Elena, amas a Emanuel?.

-Si papá, lo amo.

Juan y María se miraron. Ella preguntó muy enserio.

-¿Quieres casarte con él?.

-Ya estamos casado. Él, es mi esposo y, yo su esposa.

-¿Has oído eso?-dijo María a Juan.

-Es una niña ¿Cómo puedes hacer caso a lo que dice?.

-Cuando amanezca tienes que hablar con Emanuel. A mí no me hace caso. Muchas veces le he dicho que se aleje de ella. Tú como eres hombre, te escuchará.

-Bueno, loaré, ahora vamos a la cama.

A la mañana siguiente estaban todos sentados en la mesa desayunando. María hacía señales a su marido para que dijera algo a Emanuel. Juan

se disponía hacerlo, y en instante Emanuel miró a todos y anunció diciendo.

-Hoy me despido de todos. Ha sido muy grato para mí conocerlos y estar en vuestra compañía.

Juan y María se miraron sin saber qué decir. Era una sorpresa para ellos la decisión de Emanuel.

-¿Has oído la conversación que mantuve ésta madrugada con mi mujer?-preguntó Juan.

-No se trata de eso amigo mío. En otro sitio de la tierra me reclaman, y tengo que estar allí a la hora.

-¡Es que es, el hijo de dios!-dijo Elena con los ojos húmedos.

-¿Te lo ha dicho él?-preguntó María.

-Lo vi yo ayer por la tarde en el riachuelo.

-¿Qué viste?-siguió preguntando María.

-En la montaña que hay al otro lado del riachuelo, vi varios ángeles cómo el que me llevó subida en sus alas volando. No dije nada a Emanuel porque sabía que los estaba viendo cómo yo. Son sus hermanos.

Juan miró a su mujer diciéndole.

-¿Quieres que me enfade con él, por esto?.

María bajó la cabeza como si sintiera vergüenza.

-No tienes que avergonzarte mujer. Te entiendo porque eres madre, y temes que alguien coja el cariño de tu hija- dijo Emanuel.

-Ya lo tienes-contestó ella entre lagrimas-Ésta madrugada dijo a su padre y a mí, que erais esposos. No sabemos qué quiso decir con eso.

-¿Os habéis casado haciendo un juego?- preguntó Juan- Si es eso, no tiene importancia, son juegos de niños.

-No se trata de eso. Elena y, yo, somos esposos, estamos unido por lo divino.

-¿Cuándo ha ocurrido?-preguntó María sin creerlo.

-Desde que empezó a engendrarse en tu vientre.

-¿Le has enseñado alguna religión en todos esos ratos que habéis estado a solas?.

-No. Las religiones no hacen personas buenas o malas. La persona con religión o si ella, es siempre la misma. Pero no cuando está unida por lo divino universal.

-Te vas hoy, y sabemos de ti lo mismo que el día que llegaste-dijo Juan- me hubiera gustado conocerte más a fondo muchacho. Sé que hay en ti grandezas que yo no sé ver.

-¡Quiero ir contigo!-dijo Elena con lagrimas.

-Siempre estaré a tu lado. Cuando necesites hablar conmigo, me llamas y hablamos de todo lo que me expongas y te inquiete, también de tus alegrías.

-¿Sí yo te llamo, vendrás también?-dijo Juan.

-Sí. Sólo tienes que llamarme y, yo vendré.

-¿También yo aunque no crea en lo que dices?-dijo María con una sonrisa.

-Tú me llamas y, yo vengo.

-¿Por qué, si yo no creo en ti?.

-Pero yo sí, y un día dirás mi nombre sin que te des cuenta.

María guardó silencio con la cabeza baja.

-Es hora de que me valla-dijo Emanuel poniéndose en pie.

Todos hicieron lo mismo. Elena tenía los ojos llorosos. Levantó los brazos para abrazarse al cuello de Emanuel. Le dijo ella al oído.

-¿Siempre estarás conmigo?.

-¡Eso es!. Cuando me recuerdes es, porque tú y, yo estamos juntos.

-¿Podré tocarte y abrazarte cómo ahora?.

-Sí. Sabrás cómo hacerlo.

Elena reposó su cabeza en el hombro de Emanuel. Respiraba su aroma a jazmín y Rosas.

María la atrajo en sus brazos, diciendo.

-Ven hija. Emanuel tiene que marcharse.

Él, cogió su vara de cedro, fue hasta la puerta. Sé dio la vuelta y agitó la mano en señal de despedida.

CAPITULO-9-

Emanuel andaba por el llano campo con la cabeza baja, estaba triste de haber dejado a Elena, una de las que fue su discípula en su primera venida a la tierra.

Pasó por delante de un grueso árbol. Había un hombre de edad mediana que estaba sentado en la hierba, y reposando su espalda en el tronco del árbol, dormía plácidamente.

Emanuel se sentó en la hierba esperando a que despertara. El sol estaba calentando con fuerza. Éste hombre no tardó en despertarse.

-¿Qué quieres-preguntó sorprendido.

Como Emanuel no respondía, él, siguió diciendo.

-No tengo comida. Yo como lo que encuentro en los árboles frutales, aquí cerca hay algunos cargados de manzanas y otros de peras. También hay almendros cargados de su fruto.

Lo sé. No es comida lo que busco-dijo Emanuel. Necesito saber quién eres.

-¿Te interesa saber quién soy?. Un hombre sencillo y normal. Hablo en los pueblos y aldeas de dios. Soy peregrino.

-Háblame a mí de ese dios que tú dices.

-¿Realmente estás interesado?.

-Sí, mucho.

-Hablo de dios cómo yo lo siento dentro. Digo a la gente que quiere escucharme, que dios vive en cada uno de nosotros. Que todos nacemos con un templo interno para desarrollar, y que es templo es dios que vive en cada uno de nosotros.

-¿Hace tiempo que haces éste trabajo?.

-Muchos años, desde que era joven. Es lo que siempre me ha gustado hacer hasta que dios me llame. Esa es la misión que tengo en la tierra, soy peregrino.

-¿Qué sientes cuando hablas de dios?.

El peregrino miró al cielo, y con los ojos clavados en él, respondió.

-Es difícil explicarlo. Mi corazón se ensancha es, cómo si fuera a explotar de felicidad.

La mañana estaba bien entrada. Los dos decidieron partir juntos. Al llegar a una aldea el peregrino hizo un alto. Miró las veinte casas que había, y decidió llamar a una puerta. Salió una mujer con un cubo vacío en la mano.

-¿Qué queréis?- preguntó ella con mala gana.

-Soy peregrino, y voy hablando de dios.

-¡Llamar a otra puerta, yo voy a la fuente a coger agua!.

La mujer salió de la casa cerrando con llave.

-En ésta aldea no te va a escuchar nadie. La gente de aquí sólo viven para el trabajo-dijo Emanuel.

-Voy a llamar en todas las puertas, necesito ver por mí mismo que nadie quiere oír hablar de dios. Eres muy joven para decir eso-dijo el peregrino algo contrariado.

-Está bien. Continúa con tu labor, yo tengo que seguir mi camino.

-Está bien muchacho. Te voy a dar un consejo. No dejes a dios de lado, porque más pronto o más tarde lo vamos a necesitar.

-¡Estás en lo cierto amigo peregrino!.

-Voy también a decirte algo que he visto en ti.
-Me gustaría saberlo-dijo Emanuel.

-Tú mirada tiene fuego qué quema. Lo he visto ésta mañana cuando hablaba contigo, y mucha ternura. ¿Cómo te llamas?.

-Emanuel.

-Pues bien Emanuel. Habla con dios, eres todavía casi un niño él, te escuchará.

Emanuel sonrió. Le dio una palmada en la espalda, y dijo.

-Gracias peregrino, a si lo aré.

Emanuel andaba entre pinos y matorrales. Iba pensando que necesitaba dinero para hacer sus viajes por mar y otras necesidades. Al pasar de un país a otro, lo haría por las montañas. Era consciente que no iba a quedarse en la tierra para siempre, cuando terminara la misión que traía, lo llevarían a otro planeta de tantos cómo hay habitados en el universo.

Llegó a una gran ciudad. Los hermanos del universo iban con él.

-Llamad a esa puerta, es una posada-dijo uno de los hermanos del universo.

Emanuel llamó desde una campanilla que había fuera. Abrió un hombre.

-¿Qué quieres?-pregunto.

-Necesito una habitación para ésta noche.

-¿Tienes dinero para pagar?-dijo el posadero desconfiando.

Emanuel metió la mano en el bolsillo de su pantalón, sacó unas monedas y se las enseñó.

-Bueno, con eso tienes para pasar una noche. Entra, que te enseñe la habitación.

Era una habitación vieja y pequeña. Pero cómo iba muy cansado se quedó a dormir.

A la mañana siguiente, se levantó temprano. Bajó las escaleras hasta el recinto. Todavía no había nadie. Miró el jardín, necesitaba buenas manos para trabajar y arrancar las malas hierbas que tenía. Estaba limpiándolo cuando escuchó la voz del posadero que dijo.

-¿Muchacho, qué haces?.

-Quitando la mala hierba que ha crecido.

-¿Quién te ha dicho que lo hagas?.

-Nadie. Me ha dado pena de ver el jardín descuidado. ¿Puedo trabajar para ti?.

-¿Qué sabes hacer?-preguntó el posadero con intención de que se quedara.

-De todo. Tú me dices el trabajo que hay y, yo lo hago.

-Yo no puedo pagarte mucho. La posada rinde poco.

-Sólo pido habitación, comida y algo de dinero para mis gastos.

-¿Qué gastos puedes tener siendo tan joven?.

-Los tengo aunque no lo creas.

-Trato hecho. Ahora limpia todo el jardín, que ya tienes trabajo para más de una semana.

El invierno había llegado sin grandes cambios en la vida de Emanuel. El jardín se había quedado sin flores, pero estaba limpio de toda maleza. Poca gente pasaba por la posada

debido al frío y mal tiempo que estaba haciendo. Las habitaciones, la mayoría eran viejas y necesitaban una mano de pintura. Entre el posadero y Emanuel las pintaron, también hicieron obra en algunas, que estaban para caerse. No pararon de trabajar todo el tiempo invernal.

La primavera llegó alegre con sus rayos de sol, los campos floreados de bonitos colores.

Emanuel tenía que marcharse. Era su tiempo, cuando se lo comunicó al posadero éste, no aprobaba la decisión.

-¿No estás bien aquí?-le preguntó.

-Sí, pero mi sitio está en otro lugar.

-No entiendo lo que quieres decir. ¿Has encontrado otro trabajo mejor que éste?.

-No se trata de eso. Aunque te lo diga no lo ibas a entender.

-Te deseo suerte muchacho.

-También tú la vas a tener.

CAPITULO -10 –

Emanuel andaba por una vereda ancha. Los dos laterales estaban repletos de flores, y de árboles frutales. Caminaba durante el día, y al llegar la noche se quedaba a dormir a los pies de un grueso árbol. Su meta estaba en una ciudad dónde había mar. Allí vivía otro que había sido su discípulo de tantos como tubo, hombres y mujeres. Era imposible ir de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo para reconocerlos a todos, porque eran muchos. En los libros sagrados sólo mencionaban unos pocos, poquísimos por decir algo.

Había llegado la noche. Sé quedó a dormir en el campo, amaba la naturaleza, era la manera más natural y verdadera de encontrarse con dios y con su creación.

A la mañana siguiente, el trino de los pájaros lo despertó. Sé vio rodeado de muchos, y de diferentes especies que trinaban cada uno a su manera.

A la entrada de la ciudad había una fuente que abastecía bastante agua limpia y fresca. Estuvo bebiendo, y luego se lavó la cara y cabeza.

Llegó a un mercado ambulante. Sé fijó en una mujer de unos treinta años. Vendía hortalizas y fruta, se quedó frente a ella, y dijo.

-Véndeme una papaya.

Ella lo miraba fijamente, y cuando Emanuel fue a pagarle, le dijo.

-Ésta fruta te la regalo yo.

-Tengo dinero para pagarte-dijo él, sacando unas monedas de la talega que llevaba colgada al hombro.

-Otro día cuando vengas a comprarme, pagas la fruta-dijo ella echándole una sonrisa.

Ella era morena de piel y un físico, de rasgos tropicales. Cerca del puesto había un asno que era el que le ayudaba con la carga de frutas y hortalizas.

-¿Cómo te llamas?-preguntó ella.

-Emanuel.

-Mí nombre es Esmeralda-dijo ella-Tengo la impresión que estás sólo, y no tienes a nadie.

-¿Tú también estás sola?.

-Tengo marido y una hija. Se ha quedado con él, porque está enfermo. No puede andar, tiene que estar sentado o, en cama. Somos pobres pero, tenemos la ayuda de dios y de su hijo Jesucristo. Está en nuestras vidas.

Emanuel estaba atento a todo lo que le decía Esmeralda, y pensaba-¡Sí supieras cuanto yo te amo!.

Esmeralda estaba ajena a los pensamientos de Emanuel, y seguía hablando de su vida, del amor a dios y, a Jesús.

-¿Tienes dónde dormir esta noche?-preguntó Esmeralda.

-No. Pero me gusta el campo, es un sitio bueno para dormir.

-Quédate en mi casa los días que quieras.

-Sí, me quedo-respondió Emanuel.

Esmeralda había vendido toda la fruta y hortaliza. Emanuel la ayudó a recoger el puesto y, a cargar al bendito asno con la mesa y cestas. Vivía cerca del campo en una casita humilde. La fruta y hortaliza que vendía, la cultivaba ella y su hija, tenían mucho terreno.

-Es un joven que he conocido en el mercadillo. Sé llama Emanuel-dijo Esmeralda a su hija, al presentárselo. Su marido estaba sentado en la puerta en una silla baja.

-Es mi marido. Lleva cinco años sin poder andar. Los médicos han dicho que lo suyo es de huesos y no hay remedio.

Emanuel miraba fijamente los ojos de éste hombre, le preguntó.

-¿Cómo te llamas?.

-Mí nombre es Juan.

-Otro Juan se ha puesto en mi camino.

-¿Qué quieres decir?.

-Son cosas mías- respondió Emanuel.

-¿Porqué me miras de ese modo?. Me haces daño en los ojos-dijo Juan.

-¡Ponte de pie y anda!-dijo Emanuel.

Juan miró a su mujer y a su hija y, muy desconcertado dijo.

-¿Para qué me dice esto?. ¿Sé está burlando de mí?.

-Haz lo que te dice. Le aconsejó Esmeralda.

-¡Sabes que no puedo andar!.

-¡Juan, ponte de pie y anda!-dijo de nuevo Emanuel.

Entre Esmeralda y su hija Inés, lo cogieron cada una de un brazo para ayudarlo a andar.

-Dejadlo solo-dijo Emanuel.

-¡No, por favor!-suplicaba Juan llorando-Me voy a caer.

-Ven hacía mí-dijo Emanuel con las manos extendidas.

Juan hacía esfuerzos para ponerse de pie. Sentía un miedo incontrolable, todo el cuerpo le temblaba. Cuando lo logró, iba a paso lento tratando alcanzar las manos de Emanuel. Por sus mejillas cían lagrimas sin poder creer lo que estaba sucediendo.

-¿Está andando?-repetía una y otra vez Esmeralda con los brazos extendido al cielo.

-¡Estoy curado!-decía Juan a gritos-Gracias dios mío por haber enviado a éste joven.

-¿Quién eres?-preguntó Esmeralda abrazada a Emanuel.

-No quiere decirlo-dijo Inés emocionada.

Emanuel sin mencionar palabra salió de la casa y se dirigió a un monte que estaba frente. Allí estuvo orando, hablando con el padre y dando las gracias por la curación de Juan.

Era ya de noche cuando Emanuel volvió a casa. En la puerta lo esperaban el matrimonio y su hija. Sé pusieron de pie al verlo llegar.

Esmeralda había preparado cena para todos. No habían comido esperándolo a él, cómo había sido un día muy ajetreado, se fueron todos a dormir. El matrimonio no podía conciliar el sueño. Los dos en la cama se miraban. Ella trataba encontrar la clave de lo sucedido, no se conformaba en que Emanuel había curado a su marido sin medicamento, sólo pronunciando una palabra.

-No ha querido decirnos quién es-dijo Juan mirando fijamente a su mujer.

-Creo saberlo-respondió ella.

Juan la miraba con los ojos encandilados.

-¡Dímelo a mí!.

-No puedo-respondió llorando.

-¡Es bueno, o malo!.

-¿Cómo puedes pensar eso, después de haberte curado?.

-Las dos cosas me vienen a la cabeza.

-Es mejor que tratemos dormir-dijo ella.

Cada día que pasaba, Esmeralda no perdía de vista a Emanuel, y tampoco lo que hacía. En su mente resonaba estas frases- Es el hijo de dios.

Emanuel se dio cuenta que Esmeralda lo seguía a todos lados. Ella lo miraba con deseo de decirle- Sé quién eres.

Emanuel se paró frente a ella, y dijo.

-Hace días que me estás siguiendo.

Esmeralda bajó la cabeza avergonzada. Emanuel cogió la barbilla con su mano, y levantándole la cara le dijo.

-Cuando se siente amor, la timidez sobra.

-Quiero contarte un sueño que he tenido ésta noche-dijo ella mirándolo de frente-Yo te amaba, te amaba tanto, que sufría por ti. Lloraba mucho de ver cómo te ponían en una cruz de madera. Yo sentía tanto dolor cómo tú. Dolor de impotencia, de no poder hacer nada por sacarte de ese sufrimiento injusto. Yo

Repetía tu nombre-Jesús, Jesús- Hubiera dado mi vida por ti.

Emanuel la abrazó y besó su frente.

-¿Estás segura que se trataba de mí?.

-Sí. Tu rostro no era el mismo de ahora, y tampoco tu cuerpo pero, el que ahora mismo eres, estaba allí mirando lo que sucedía.

Esmeralda salió de la casa. En la puerta la esperaban su marido y su hija. Los dos habían hablado del cambio de ella desde que Emanuel había llegado.

El mar no estaba lejos, desde el monte que había frente a la casa, y que Emanuel iba a orar, se veía. Decidió ir para tener contacto con ese otro mundo lleno de criaturas como él, lo llamaba. Al llegar se quitó las sandalias, arremangó los pantalones por encima de las rodillas y se metió en el mar. Estuvo jugando con el agua, y escuchando el venir de las olas.

Oyó la voz de Inés que lo llamaba. Estaba en la arena tocando el agua con los pies. Emanuel fue hasta ella.

-Te he seguido, quiero estar contigo. Mi madre me ha hablado de ti, y de lo mucho que te ha amado. Dice, que eres el hijo de dios. Yo la creo, hemos vivido la curación de mi padre, el que él, ande es un milagro. Sí no fueras el hijo de dios, no lo hubieras podido hacer.

Emanuel miraba la mirada color violeta de Inés, era como un espejo donde muchos podían mirarse por lo transparente que era.

-Ésta noche soñarás conmigo. Es un regalo que yo quiero hacerte. Verás el reino de mi padre. Conocerás a ángeles cómo trabajan en los jardines de los palacios del universo. Allí me vas a reconocer, aunque tengo diferentes físicos, sabrás que soy yo.

Por las mejillas de Inés resbalaban lagrimas de felicidad.

-Cuando yo era niña, soñé con el niño Jesús.

Me llevaba de la mano, y jugábamos. Lo recuerdo siempre.

-Te prometo, que siempre estarás conmigo. Todos y todas que me habéis amado en la otra vida, siempre estaré con vosotros.

De camino a la casa, Inés iba alegre y riendo por todo lo que Emanuel le había prometido.

-¿De dónde venís?-preguntó Esmeralda.

-Del mar. Emanuel me ha dicho que ésta noche tendré un bonito sueño. Tengo gana de irme a dormir.

Emanuel soltó una carcajada por la gracia que le hizo, y dijo.

-¡Qué chiquilla más maravillosa!

Era de madrugada, Emanuel oraba. Se dio la vuelta, eran Juan y Esmeralda. Antes que él, preguntara, ella dijo disculpándose.

-Mi marido quería verte orar. No he podido convencerlo, está obsesionado desde que lo curaste, no cree que fueras tu.

-¡Felices se pueden llamar los que creyeron en él!.

-Quiero creer en ti. Hay algo en mí cabeza que me lo impide-dijo Juan congojado.

-Sentaos en la hierba. Mi padre me ha enviado para que me reconozcan los que me han amado en la otra vida. Es por esa razón que estoy aquí.

-Quiero entenderte pero no puedo. No soy como mi mujer que cuando te mira, le brillan los ojos. Lo he visto más de una ocasión. Podría sentirme celoso pero no lo estoy, quizá porque todavía eres casi un niño.

-Juan, habla con dios. Dile lo que a mí me estás diciendo. Mi padre te va a escuchar y vas a creer.

-Lo deseo de todo corazón. Incluso pienso que, no merezco haber sido curado.

-Almas como la tuya he conocido muchas, y después de no creer han creído.

-Te pido perdón por todo, y te doy las gracias por haberme curado-dijo Juan emocionado.

-¡Maestro, hoy es un día feliz para mí-dijo Esmeralda con lagrimas.

-¿Por qué lo has llamado maestro?-preguntó Juan a su mujer.

Ella miró a Emanuel esperando una respuesta para su marido.

-Dile la verdad. ¿Recuerdas cuando yo os decía que la verdad os haría libres?.

-Si, maestro.

Juan esperaba a que su mujer le dijera algo.

-Los dos hemos leído la vida de Jesucristo. La biblia está en casa. ¿Recuerdas que sus apóstoles lo llamaban maestro?.

-Sí.

-Emanuel es el maestro.

-De nuevo te pido perdón por todo. Soy un ignorante. No merezco nada.

A la mañana siguiente, los cuatro estaban trabajando en la huerta. Inés radiaba de felicidad, iba cavando y sonriendo.

-He tenido ésta noche un sueño maravilloso- dijo a los tres presentes- Iba yo por un lugar soleado, lleno de árboles y de flores. De una gran montaña salía una cascada de agua pura y cristalina, y entre el agua se transparentó una hada, bella y hermosa cómo un rayo de sol radiante. Sus cabellos brillaban cómo el oro, su rostro era la divina luz del paraíso, sus pies de cristal. En su mano derecha sostenía una varita mágica, ella dijo mi nombre, lo sabía. Se acercó a mí, y me dijo muy sonriente.

-Ven conmigo, voy a llevarte al castillo dónde viven las hadas princesas. Entré con ella por la cascada, todo era maravilloso. Delante había un palacio azul de cristal. La entrada la guardaban dos mastines blancos, con un porte maravilloso que tenían cuidando aquel bello lugar. El palacio por dentro era de cristal. Subimos por unas escaleras transparentes.

Al llegar a un gran salón, estaba habitado por hermosas y bellas hadas. Una se acercó, y sonriente me dijo.

-Bienvenida seas al Reino de dios.

Inés hizo una pausa. Su madre le preguntó.

-¿Qué pasó después?.

-Ahí fue dónde me desperté. Me dio pena de no haber podido ver más.

-La próxima vez te mostrarán más, por ésta noche ya había bastante-dijo Emanuel.

-¿Cuándo será?- preguntó Inés esperando que llegara.

-Cuando estés más preparada, y puedas mirar de cara al sol si quemarte los ojos.

-¿Yo también podré verlo?-preguntó Esmeralda con el rostro lleno de alegría.

-Sí, y también Juan puede ver el Reino de mi padre.

Emanuel estaba preparando la marcha.

Esmeralda sentía tristeza de saber que el maestro tenía que irse pronto. Ella lo hubiera conservado toda la vida a su lado pero, sabía que tenía que seguir su camino.

Juan desde que sanó, iba cada día con su mujer al mercadillo a vender la fruta y verdura que ellos cultivaban en la huerta.

Emanuel iba despidiéndose de los tres. Esmeralda y su hija, lloraban, no podían soportar vivir sin el maestro. Juan llegó a creer, y comprendía que se tenía que ir.

CAPITULO -11 –

Era por la mañana temprano cuando Emanuel salió de la casa. En el monte lo esperaba los siete hermanos del universo.

-Os saludamos señor-dijeron al verlo- Nos dirigimos a un lago, llamado Titicaca. Os vais a quedar allí unos días para reposar de tanto como habéis desgastado durante un tiempo.

Pasaron por montañas y campos haciendo dos paradas de noche.

El lago con su esplendor y color verde azulado, hacía que su belleza fuera mágica. Se quedaron varios días bajo la cúpula de un cielo azul.

Habían llegado a la ciudad. Allí encontraría otro de sus discípulos. Andaban por calles pintorescas y llenas de gente que iban y venían con sus quehaceres y asunto qué resolver. Los hermanos del universo anunciaron.

-Aquí tenemos que despedirnos. Al otro lado de la ciudad encontrareis una casa grande, pedid allí trabajo.

Emanuel salió de esa calle y se dirigió a otra empinada y que terminaba en el campo. Oyó ruido de un carruaje que venía detrás de él. Se dio la vuelta, el carruaje era rustico tirado por una mula, y conducido por una mujer de mediana edad vestida de oscuro. Se paró cerca de Emanuel. Ella con un semblante risueño dijo.

-¿Muchacho, vas lejos?.

-Al otro lado de la ciudad.

-Sube que te llevo.

Hacía veinte minutos que iban de camino. Ella preguntó.

-De aquí no eres ¿verdad?.

-No.

-Ya decía yo que tu físico no es de ésta tierra. ¿Tienes aquí familiares?.

-No.

Ya quedaba poco para llegar a la casa que los hermanos del universo le habían indicado. Al instante, se escuchó el galopar de varios caballos. Pasaron cerca de ellos, y se pararon en la casa dónde Emanuel iba. Bajó del carruaje y dio gracias a la mujer que amablemente lo había llevado.

La puerta de aquella gran mansión estaba abierta. Entró, y preguntó por el dueño.

Salió un hombre alto y fuerte. Su físico no era de allí.

-¿Qué se te ofrece muchacho?-preguntó.

-Trabajar.

-¿Qué sabes hacer?.

-De todo lo que me manden.

-Si quieres quedarte es para cuidar de los caballos, darles de comer, limpiarlos, y limpiar las cuadras. Te pagaré un salario, comida y cama. ¿Estás de acuerdo?.

-Perfecto-respondió Emanuel contento.

En el establo también trabajaba un muchacho con las mismas condiciones que él. Por su físico era de esa tierra. Al encontrarse en la cuadra con él, empezó a darle órdenes de lo que tenía que hacer, y de todo lo que él, sabía.

Pronto entraron en las cuadras hombres y mujeres vestidos para montar a caballo. Iban riendo, y contando historias de ellos.

El día para Emanuel transcurrió rápido. Al llegar la noche, se alejó de la casa. Buscaba un lugar tranquilo para hablar con el padre, y darle gracias por todo lo bueno que recibía.

El otoño había llegado. Emanuel cumplió un año más. Ya estaba preparando la ida. Su misión en ese lugar no había llegado a nada, sólo para obtener algún dinero, puesto que le haría falta para cubrir sus necesidades. A diez kilómetros de la mansión estaba la estación de tren. Fue andando acompañado por los hermanos del universo. Le dijeron, la ciudad dónde tenía que ir, y el lugar para quedarse. Se despidieron a un kilómetro de la estación.

Dentro del tren, sentado y con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento, pensaba en todo lo que había recorrido desde que salió de la casa donde vivió con Amor. Ella había sido todo para él, en la tierra. Su madre, hermana y amiga. Ya no la recordaba cómo un ser

humano, puesto que ella no lo era, sólo en apariencia. La recordaba jugando en los jardines del universo, antes de que él, naciera en la tierra. Sabía que sería ella quién hiciera de madre, hasta la edad de catorce años. Se decía para sí-¡Qué hermosa y bella es!.

Llegó al lugar indicado por los hermanos del universo. Bajó del tren, y buscó el sitio que le habían dicho. La puerta estaba abierta. Dos mujeres en el interior hablaban de Jesucristo. Escuchó un poco lo que decían, y entró.

-¡Buenas tardes!.

Las dos mujeres se dieron la vuelta. Una preguntó.

-¿Qué se te ofrece muchacho?.

-Estoy buscando alojamiento para ésta noche.

-En el centro del pueblo hay una pensión, allí seguro que tienen una habitación libre.

La otra mujer se adelantó y dijo.

-Es mejor que no vayas allí, va gente rara.

Emanuel miraba a ésta mujer de rasgos maya, y de mirada dulce.

-Voy a preguntarle a mi marido, si puedes quedarte aquí-dijo ella levantándose de la silla. La otra mujer se despidió y se fue.

Emanuel esperó. En pocos minutos apareció la mujer y su marido.

-No tenemos habitaciones pero, podemos ofrecerte un sitio para dormir. No es muy confortable, una noche se pasa pronto.

Ella llevó a Emanuel a una guardilla. En el suelo había un colchó, y dijo.

-Esto es lo que te podemos ofrecer.

-Me gusta, no te preocupes.

Ella se disponía a bajar las escaleras. Emanuel le preguntó.

-¿Cómo te llamas?.

-Ágata.

-Muchas gracias Ágata.

-En una hora cenamos-dijo ella mirando el color azul de los ojos de Emanuel-Tú mirada me ha cegado el pensamiento. Es como si te conociera de siempre.

-Es verdad que me conoces de toda tu vida.

-Creo que es la primera vez que nos vemos. Yo no he salido nunca de éste pueblo. Aquí nací, y aquí seguiré has el final de mis días.

Emanuel sonreía. El brillo azul de sus ojos, bañó todo el ser de Ágata, hasta el punto, que ella dijo con un ademán alegría.

-¡Estoy viendo en ti al hijo de dios!.

En ese instante se oyó la voz de su marido que la llamaba. Ella se dio la vuelta, y se dispuso a bajar las escaleras. Era menuda, un poco entrada en carnes, cabello negro y recogido atrás por una cola. Su semblante serio, y agraciado.

En la guardilla había un gran ventanal. Emanuel miró buscando un lugar alto para la oración.

Algo lejos se alzaba una montaña. Ese sitio sería bueno para recibir a los hermanos del universo y para la meditación.

Cenaban en una mesa de la cocina. Sólo se oía el ruido que hacía la cuchara con el contacto del plato.

-¿Cómo te llamas?-preguntó el marido de Ágata.

-Emanuel.

-¡Jesús el hijo de dios también se llama Emanuel!-dijo Ágata con cara de alegría.

Ernesto su marido, tenía la mirada fija en la de Emanuel. No la podía separar. Frotó sus ojos cómo si les escocieran, y al no poderlo soportar le dijo.

-¿Por qué no puedo separar mi mirada de la tuya?.

-Porque mis ojos tienen embrujo.

Ágata recordó en esos instantes, que una hora antes en la guardilla, le pasó a ella lo mismo.

No podía separar su mirada de la de Emanuel. En sus pupilas color cielo, vio al cristo crucificado. Cubrió la cara con sus manos cómo si no fuera verdad lo que estaba viendo.

-¿Tienes miedo de mí?-preguntó Emanuel.

-No. Antes le has dicho a mi marido, que tu mirada tiene embrujo. También tiene amor puro y verdadero. Lo he visto en tus pupilas, y los ojos no engañan.

Ernesto seguía en la misma posición, con la mirada baja, tranquilo y relajado.

La noche era fresca, salieron de la casa y se sentaron en la puerta.

-¿Lo conoces de algo?-preguntó Ernesto a su mujer.

-Estoy segura que lo he visto en algún lugar pero, no sé dónde.

-No es posible, puesto que no has salido nunca de éste pueblo.

-Te está diciendo la verdad-dijo Emanuel.

La casa era vieja y rustica. El matrimonio tenía, Cinco vacas que le daban leche, varias gallinas y un gallo. Un huerto dónde recogían fruta y hortaliza para todo el año.

Emanuel miraba la montaña que había algo alejada de la casa. Ágata seguía con su vista la de Emanuel, le dijo.

-Se dice de esa montaña que tiene poder. Hay gente que dice haber visto hombres andar en el pico.

-Todas las montañas son mágicas. ¿Has pensado subir un día?.

-No creo que yo pueda, y poca gente lo debe conseguir, los jóvenes como tú, sí.

Ernesto se había quedado dormido, y con la conversación abrió los ojos, y preguntó.

-¿De qué habláis?.

-De la montaña que hay enfrente-dijo Ágata.

-Se dice, que ha habido avistamientos.

-Sí, ya hace se hablaba de esto. No sabemos si es verdad. Nosotros no hemos visto nada en todos los años que hace que vivimos aquí.

-¿Creéis en los ovnis?-preguntó Emanuel.

Ernesto y ágata lo miraron fijamente.

-¿Crees tú?-le preguntó él.

-¡Claro que sí!.

-¿Has visto alguno?.

-Varios.

El matrimonio lo miraba con ansías de saber.

-¿Cómo son?-preguntó Ágata.

-Casas llenas de esplendor que viajan por el cielo.

-¿Vive gente dentro?.

-Mucha.

-¿Son personas como nosotros?.

-Muy semejantes.

-¿Sus viviendas sólo están en esas casas.

-Sólo las tienen para viajar. La morada de ellos y ellas, está en un lugar del universo.

-¿Cuándo dices ellos y ellas, te refieres a que están casados-preguntó Ágata.

-Lo están, pero no cómo se hace aquí en la tierra. Ellos no necesitan que alguien los una en pareja, sólo con amarse es suficiente.

-¿Tienen hijos?.

-Sí, son grades familias.

-¿Tienen escuelas para aprender?.

-Escuelas superiores a las que hay en la tierra.

-¿Aprenden a leer y escribir?.

-El primer aprendizaje que tienen es el amor universal. Cuando han aprobado éste sentimiento maravilloso, pueden unirse, tener hijos y formar una familia grande. Le otorgan una casa mágica de colores también mágicos, y viajan por el cielo.

-¿Quién le da ésta casa?.

-El padre que vive en el infinito.

Ernesto intervino diciendo a su mujer.

-No lo marees más con tantas preguntas. Al fin y al cabo, nosotros no los vamos a ver, eso será para algunos privilegiados.

-No sé si soy privilegiada. Quiero verlos, y hablar con ellos, si quieren.

Ernesto ríe. Luego dijo a Emanuel.

-Mi mujer es muy curiosa, quiere saberlo todo. Muchas veces la encuentro mirando esa montaña, como si de pronto fuera un extraterrestre a parecer.

Ágata meneó la cabeza, y dijo a Emanuel.

-¿Te he molestado con mis preguntas?.

-En absoluto. Es bueno que se haga preguntas de cosas que no se sabe.

Ágata siguió preguntando.

-¿Hablan nuestro idioma?.

-Los hablan todos.

-¿Estudiaron todos los idiomas?.

-Con el amor universal se aprende todo.

-¿A ellos con qué nombre se les conoce?.

-Hermanos del universo.

En ese instante, Ágata cayó en trance. Su cuerpo estaba relajado, la cabeza hacia abajo, los ojos cerrados. Estaba teniendo un sueño maravilloso con los hermanos del universo. Cogieron su espíritu, la llevaron a una nave para visitarla, y hablar con ellos.

Ernesto se asustó de verla de esa manera. Emanuel lo tranquilizó.

-Tu mujer ahora está visitando una de las casas de los hermanos de universo. Es feliz.

Ernesto miraba fijamente el rostro de Emanuel. Quería hacerle una pregunta.

-Eres tú uno de ellos ¿verdad?.

Emanuel sonrió afirmando.

-¿Por qué estás aquí, y no con ellos?.

-Mi misión es otra. Ninguno de nosotros tiene la misma.

-¿Has venido en una nave, y te has dejado en esa montaña?.

-He nacido en la tierra de una mujer y un hombre.

-¿Entonces, tú no eres extraterrestre?.

-Los hay que nacen en la tierra. En cada rincón de ella hay uno. La manera de comportarse no es cómo la demás gente, porque vienen de otro planeta.

Ágata estaba volviendo a su normalidad. Sé removi6 en su asiento, levant6 la cabeza y abri6 los ojos, y dijo.

-Me he quedado dormida. He tenido un sue6o bonito, un d6a lo contar6.

-Es hora de que nos vallamos todos a la cama. Tengo gana de dormir-dijo Ernesto poni6ndose en pie.

-Ahora yo no tengo sue6o-dijo Ágata.

-Es mejor que hagáis lo que Ernesto dice-dijo Emanuel.

-¿Tú no te vas a la cama?-preguntó Ágata.

-Todavía no. Tengo algo que hacer.

El matrimonio se miró sin comprender lo que quiso decir.

-¡Bueno, nosotros nos vamos a dormir!-dijo Ernesto- Cuando tú quieras, te acuestas. No es que tengas una cama confortable pero, la noche se pasa pronto.

El matrimonio entró en la casa. Ágata dijo por lo bajo a su marido.

-Tengo necesidad de seguirlo. Estoy segura que sube a la montaña.

-¿A ésta hora?¡Aunque no me extraña!.

-Creo, que es un ángel o algo parecido. Esta tarde vi en sus pupilas a Jesús crucificado.

-Es posible que se trate de él.

-¿Por qué lo dices?-preguntó Ágata.

-Mañana te lo diré. Ahora vamos a seguidlo.

Emanuel había atravesado el campo, y se dirigía a la montaña. Allí lo esperaban los hermanos del universo. Sabía que Ernesto y Ágata, lo iban siguiendo. Oía sus pasos y tropezar con alguna piedra. Emanuel tenía mucho sentido del humor, y aunque era luna llena, todos aquellos alrededores podía verse lo que había. Al llegar a un grueso árbol, se quedó detrás del tronco a esperarlos. Cuando pasaron por delante, les preguntó.

-¿A donde vais a estas horas?.

Ágata se asusto y dio un grito. Cuando vio que se trataba de Emanuel, dijo.

-Te hemos seguido para ver dónde vas.

-A la montaña a orar. ¿Me acompañáis?.

-No queremos interrumpir tus oraciones-dijo Ernesto.

De regreso, Ernesto preguntó a su mujer.

-¿Lo quieres mucho?.

-Sí, lo amo.

-¿Más que a mí?.

-Más, pero a él, de una manera y a ti de otra.
¿Estás celoso?.

-Siendo de él, no. Y estoy seguro, que te has enamorado de dios. Yo de alguna manera también lo estoy.

-¿Estás diciendo que lo amas?.

-Estoy seguro de lo que digo. Tiene fuego en su mirada, embruja cuando mira. No es de la tierra, su procedencia es de otro planeta.

-¿Cómo sabes eso?.

-Esta tarde cuando te has quedado dormida, me ha hecho entender que ha nacido en la tierra pero, no es de aquí.

En la montaña esperaban a Emanuel los siete hermanos del universo.

-¡Os saludamos señor!.

-¡Saludos hermanos!. Estoy feliz de encontrarme aquí. Ernesto y Ágata fueron dos apóstoles que trabajaron para mí en los últimos días que pasé en la tierra. Al igual que ahora él, era hombre y ella mujer. Me defendieron desgarradamente, incluso, los hirieron por proclamar a gritos diciendo, que yo era el hijo de dios.

-Lo sabemos señor. Vivimos de cerca ese tiempo injusto que tuvisteis que aceptar por decisión del padre, para que reinarais con él, en su trono.

En esos instantes, se oyó un coro de ángeles cantando alabanzas. Estaban por encima de la cabeza de Emanuel, vestidos de azul y rosa, y sobre la cabeza portaban una corona de flores.

-Son ángeles de vuestra corte, que ésta noche nos han pedido venir para adorarte-dijo uno de los hermanos del universo.

Era de madrugada. Emanuel llegó a la casa. Atravesó el patio. Lo esperaba Ágata.

-No tengo sueño, he preferido esperarte.

Emanuel acarició, un lado de su cara, y le preguntó.

-¿Deseas ser madre?.

Ella llevó las monos a su rostro, y muy emocionada dijo.

-¡Es lo que más deseo, y lo que he estado siempre esperando!.

-Serás madre, conocerás el amor de los hijo, y también el sufrimiento que ellos dan.

-¡Maestro! Gracias por todo lo que haces por nosotros. Cuando conocí a mi marido, los dos sabíamos que veníamos de otra vida pasada, y que en el transcurso de los años, viviríamos un hecho maravilloso, es éste-dijo Ágata con los ojos encharcados de lagrimas.

En esos instantes, se acercó Ernesto en pijama.

-¿Qué hacéis tan tarde? Son las tres de la madrugada.

-Hablo con el maestro. Dice que vamos a ser padres.

-¿Por qué lo llamas maestro?.

-También tú lo recuerdas. Una vez me dijiste que lo habías visto en una barca en el mar. Yo comprendí al instante, que se trataba de él.

-¡Maestro, han pasado muchos siglos de este hecho que está en la memoria de todos los que te seguíamos-dijo Ernesto emocionado al reconocer a Jesús en la persona de Emanuel.

-Doy gracias al padre de que haya sucedido de ésta manera.

Habían pasado quince días de éste hecho. Una tarde Ágata anunció, que estaba embarazada. Su alegría era inmensa. Cinco años de matrimonio esperando un hijo, y con la llegada de Emanuel a su casa, su deseo se cumplía.

Todas las noches subía Emanuel a la montaña, como siempre lo esperaban los hermanos del universo. Ésta vez le anunciaron.

-Señor. Tenéis qué partir a otro lugar, el tiempo aquí se ha terminado.

-¿Dónde vamos ahora?.

-Tenemos que pasar la frontera por montañas para pasar al otro lado del país. Allí hay más discípulos que os esperan.

Ágata y Ernesto esperaban cada madrugada a Emanuel sentados en la puerta de su casa. Ella ya tenía el vientre bien pronunciado, sólo le quedaban dos meses para que diera a luz una niña. Vieron que venía Emanuel atravesando el campo. Estaba resplandeciente, lleno de maravillosos colores aureoles alrededor de su bella silueta varonil. En casi un año que hacía que Emanuel estaba allí, era la primera vez que lo veían brillar de esa manera. Los colores echaban rayos de luz, era una aureola que se movía andando.

Ernesto y Ágata se pusieron de pie ante tanta irradiación que, quemaba sus ojos.

-No asustaros ante los colores celestiales.

Ésta noche me ha bendecido el padre por ésta misión que ya se acaba aquí-dijo Emanuel.

Ernesto y Ágata comprendieron que se tenía que ir. Sabían que un día tenía que suceder pero, la idea la descartaban para no pensar en ese momento. Ellos tenían la ilusión, que Emanuel conociera a la hija que venía, la cogiera en sus brazos y la diera su bendición.

-¡Maestro! ¿No puedes esperarte dos meses más para que conozcas a nuestra hija?- dijo Ágata con los ojos brillantes de lagrimas.

-Cuando nazca estaré a tu lado, pero no en físico, bendeciré a las dos. No sentáis pena de que yo me valla, os llevo conmigo.

Ernesto había construido una habitación junto a la de ellos para la niña que pronto vendía. Estaba amueblada para recibir al bebé.

La despedida fue triste para Ágata y Ernesto, hubiesen deseado que Emanuel sé hubiera quedado siempre con ellos. Lo despidieron en la puerta con lagrimas.

CAPITULO -12 –

Emanuel caminaba acompañado de su vara de cedro. Al otro lado de la montaña lo esperaban los hermanos del universo preparados para pasar al siguiente país. Su misión en la tierra todavía quedaba para que acabara. Sólo tenía dieciocho años recién cumplidos.

-¡Te saludamos señor!-dijo uno de los hermanos del universo-Vamos atravesar las montañas que se ven en frente. En el país que nos dirigimos, encontrareis animales que necesitan vuestra ayuda.

Iban por un campo lleno de árboles y de flores maravillosas, anunciando que el verano estaba cerca. El sonido de agua que bajaba de un río, hizo que se desviarán hasta ese lugar.

Bebían agua de éste manantial de riqueza, y se oyó un galopar de muchos animales que iban en dirección de ellos. Era una manada de llamas que, corrían desbocadas sin rumbo fijo. Dos hombres montados a caballo y con sogas

en la mano las perseguían. Los hermanos del universo y Emanuel al ver lo que estaba ocurriendo, formaron una polvareda de tierra por detrás de las llamas. Los caballos se detuvieron ante aquella gran pantalla invisible. Las llamas escaparon corriendo de la soga de aquellos hombres. Vieron que en la orilla del río había un joven sentado en la hierba. Los hermanos del universo se hicieron invisibles.

-¡Eh! Tú, ¿Por dónde se ha ido la manada de llamas?-dijo uno de los hombres con descaro.

-No he visto nada-respondió Emanuel.

Los dos hombres se miraron, bajaron de los caballos y se acercaron a Emanuel.

-Sí nos lo dices, no te aremos nada, colabora con nosotros y te dejaremos en paz.

En ese instante, salió del agua un color azul violeta que entró en los ojos de éstos dos hombres malvados. Gritaban tapándose los ojos y frotándolos con las manos. Decían sin ver nada.

-¿Qué nos has hecho? ¡Cuando recobremos la vista, te vamos a matar!.

-¡Subir en vuestros caballos y alejaos de aquí!- dijo Emanuel dándoles un mandato.

Ellos apenas sin ver, montaron en sus caballos y se alejaron de allí.

Los hermanos del universo salieron del agua, y dijeron.

-Señor sois grande y poderoso. En ningún instante hemos padecido por ti, sabéis cómo tratar a cada uno de los humanos.

Las llamas volvieron, y se quedaron junto a Emanuel y, a los hermanos del universo. Los animales sabían quién los querían y quién no. Los estuvieron acariciando, y jugando con ellos. Se quedaron toda la noche durmiendo y también las llamas, hasta el día siguiente que tuvieron que partir.

Habían pasado al país que se dirigían. Se separaron al llegar a una explanada.

-Señor, aquí tenemos que separarnos-dijo uno de los hermanos del universo-Estamos siempre en contacto.

-Que la paz os acompañe-les deseó.

Emanuel andaba atravesando el campo, apoyando su vara de cedro en la tierra. Llevaba la mirada puesta en el horizonte, pensando en el nuevo trabajo que haría.

Llegó a una plantación de melocotones. Sentado en un bordillo había un hombre de mediana edad, se acercó, y dijo.

-Buen día tenga. ¿Necesita obreros para la recogida del melocotón?.

-¡Hola! Muchacho. Yo sólo soy el guardián, los obreros vienen contratados de otros pueblos. Si te apetece comer algún melocotón, puedes hacerlo, te doy permiso.

-¡Gracias!.

Emanuel fue a un melocotonero, cogió una fruta, y la iba comiendo.

-¿Qué haces por aquí solo?-preguntó el guardián.

-Ando caminos-dijo mordiendo un melocotón.

-¿Te has ido de tu casa?. A la edad tuya se van muchos jóvenes.

Emanuel no respondió y siguió comiendo la fruta.

-¿Qué edad tienes?.

-Dieciocho años.

-No se te ve con necesidad de pedir trabajo. Viste bien, y con ropa cara. ¿Son ricos tus padres?.

-Puede decirse que sí.

-Si quieres coger una fruta más para hacer el camino, puedes hacerlo.

-Gracias, ya tengo bastante. Voy a seguir.

La noche había llegado. Se quedó a dormir en una arboleda a un kilómetro del pueblo.

La noche era serena y llena de estrellas. Las

miraba y las iba contando, les ponía nombre a cada una. Hizo un rato de meditación antes de dormirse.

A la mañana siguiente, lo despertó el trino de los pájaros y los rayos del día. Más lejos podía verse unos zarzales cargados de moras. Fue hasta allí. Vio que dentro del zarzal había una tórtola atrapada, no podía salir. Metió la mano con cuidado, y la sacó de su trampa. Tenía una de las alas herida. Buscó lo más adecuado para curarla, y fue a sentarse con la tórtola en la mano, debajo de un árbol. La dejó a su lado. El animal no se movía, estaba tranquila. Después de hacer un rato de meditación, se fue de ese lugar llevándose a la tórtola metida en el bolsillo de su blusón.

Llegó al pueblo. Era pequeño y pobre, oyó ladridos de dolor procedentes de un perro herido. Fue rápidamente para liberarlo. En una plaza pequeña y sin recursos de bienestar, al pie de un banco de madera había un perro atado por un ramal de esparto. Varios niños, lo

Estaban apedreando, corrió para liberar al pobre animal, que aparte de estar mal tratado, no comía, los huesos se les pronunciaban por encima de la piel. Los niños al ver a Emanuel que se acercaba, salieron corriendo. Liberó al pobre animal de aquellas almas salvajes. Sentía mucha rabia y dolor por todas las criaturas del mundo, y sobre todo por el ser humano. La pobreza espiritual tan grande que padecían, los pocos sentimientos que tenían hacía el mundo animal. ¿A caso no eran chispas divinas que el padre y la madre naturaleza formaron juntos?. De su primera venida a la tierra, hasta ésta, el ser humano no había cambiado mucho. Eran más modernos en conjunto de muchas cosas, y para ellos pero, en cuestión de amor hacía otro ser, seguían igual. Entendía que el padre estuviera enfadado con la humanidad, y mandara castigos dónde lo merecían. Y que el progreso era bueno para la razón de la existencia.

Se fue de ese pueblo pobre y harapiento.

Llevaba al perro y, a la tórtola. Cogió un camino de tierra que iba hacia abajo. Buscaba un río, tenía que curar las heridas al perro. Era en vano que hablara con la gente de ese pueblo, del comportamiento que tenían hacía los animales ¡pobrecillos los que hubieran en manos de toda esa gente sin sentido común!. Recordaba, en la anterior venida a la tierra, decía a sus discípulos, que cuando llegaran a una ciudad y no lo escucharan, y los insultaran, se fueran y sacudieran el polvo de sus sandalias.

Había llegado a un río poco profundo, de agua y piedras. Era lo suficiente para lavar las heridas del perro. El animal sabía que estaba en buenas manos, y se dejaba sin replicar.

La tórtola se movía y daba saltitos dentro del bolsillo. Emanuel la sacó y la dejó en el suelo, el perro la olía, quería jugar con ella. Los dos sabían que estaban heridos, y necesitaban el cariño y cuidado de su salvador.

Decidió pasar la noche allí. El perro dormía a su lado, y la tórtola también. Pensaba en todos los discípulos y discípulas que hizo en su primera venida, eran muchos, todos llevaban su marca en la frente, él, mismo la hizo una noche antes de que lo prendieran. Estaban por toda la tierra, su voluntad era que, un día se encontraran todos, y se saludaran con amor.

A la mañana siguiente, lo despertó los ladridos del perro. Quería jugar, todavía era cachorro. Le mordisqueaba las manos. Frente a él, vio a los siete hermanos del universo que se acercaban.

-¡Te saludamos señor!. Venimos para llevarnos a éstas dos criaturas, no podéis llevarlas consigo.

Emanuel se preparó para marcharse. Sé despidió del perro y de la tórtola y, los estuvo acariciando.

Cuando se iba, los dos animales lo seguían. Uno de los hermanos del universo los cogió.

Emanuel se dio la vuelta para despedirse otra vez de todos. El hermano que se había ocupado de los animales, tenía con su brazo derecho sosteniendo al perrito y, con la otra a la tórtola.

-¡Hasta pronto!-dijo saludando con la mano.

CAPITULO-13-

Caminó casi todo el día, cuando iba acabando la tarde, llegó a una gran ciudad. Habían tiendas abiertas, de ropa de calzado, de víveres y de toda clase de utensilios necesarios para el hogar. La meta que tenía estaba a las afueras de la ciudad. La atravesó, en una urbanización pequeña, había una casa algo apartada de las demás. La puerta estaba abierta. Emanuel se acercó, se podía ver lo que había dentro. Sentados en sillas, un anciano y anciana hablaban en voz alta, podía oírse lo que decían.

-¡Buenas tardes!-saludó Emanuel.

La anciana se levantó de la silla y fue hasta la puerta.

-¿Qué se te ofrece joven?-preguntó ella.

Al instante aparecieron dos perros. Olfateaban la ropa de Emanuel. El anciano se acercó y, con simpatía dijo.

-Te has hecho amigo de nuestros perros. Ellos saben quién es bueno y quién no, es por esa razón que te invitamos a que entres.

Emanuel agradeció la invitación con una sonrisa de agradecimiento.

La anciana le dio una silla para que se sentara.

Se escuchó una puerta que se cerraba. Venía una joven de gran belleza, de la edad aproximada de Emanuel.

-Es mi nieta-dijo la anciana-Cómo puedes ver, es tímida, cuando coja confianza, todo se le irá. La conozco desde que era niña , sus padres murieron y, somos nosotros quién nos hacemos cargo de ella. Ya somos ancianos y, no creo que nos quede mucho tiempo de vida. Emanuel observaba la bella silueta de la joven.

Ella mantenía la cabeza baja. Se apoyaba en el hombro de su abuela.

-¡Ofrece algo a éste joven!-dijo el anciano a su mujer.

-Cenamos en una hora. ¿Quieres quedarte a compartir nuestra comida con nosotros?-preguntó la anciana a Emanuel.

-Sí, me gustaría.

-Háblanos un poco de ti-dijo la anciana.
¿Dónde vas a pasar la noche?.

-Necesito un sitio para dormir.

-¡Aquí tenemos dos habitaciones vacías, se puede quedar!-propuso el anciano.

Ella miró a su nieta, y dijo.

-Prepara una habitación para éste joven y, que sé que de todo el tiempo que quiera. Tú abuelo y, yo somos viejos y necesitamos ayuda de los jóvenes.

La joven fue hacer lo que su abuela le mandó.

Después de la cena salieron al jardín. La noche era algo calurosa. Habían muchas flores y enredaderas que trepaban por la pared de la casa. El cielo acompañaba con su iluminación de estrellas.

-¿Qué haces por estas tierras?-preguntó el anciano-Tú no eres de por aquí. Tu raza no es la nuestra. ¿Vienes de lejos?.

-Sí. De un país lejano.

El matrimonio de ancianos se miraban sin comprender.

-¿No quieres decirnos nada?.

-Soy un caminante, no tengo mucho qué contar, sólo que ando caminos.

Todos se despidieron y se fueron a dormir.

A la mañana siguiente, en la mesa larga de la cocina, estaba el desayuno preparado. Leche caliente, pan y miel.

-Acércate a la mesa y desayuna-indicó la anciana a Emanuel.

El desayuno estaba muy bueno y con mucho alimento para pasar la mañana.

La joven se hallaba en el jardín regando las flores. Ella se había dado cuenta que Emanuel la perseguía con la mirada. Se ponía nerviosa y no sabía lo que hacía. Todavía no le había dirigido la palabra por miedo a equivocarse con su nerviosismo.

La abuela de la joven fue hasta el jardín. Toda la mañana estuvo observando el comportamiento de los dos. Se dirigió a su nieta diciéndole.

-Ve al huerto y trae todo lo necesario para hacer una ensalada para la comida. Y que te acompañe éste joven que, aún no nos ha dicho su nombre.

-Me llamo Emanuel.

Los dos salieron del jardín y se dirigieron al huerto. Por el camino que lo conducía, habían flores salvajes. Emanuel se acercó a una mata, y cortó un tallo. Se lo ofreció a la joven.

-Es para ti-le dijo con voz suave.

Ella se sonrojó, no esperaba el detalle del joven, y con timidez dijo.

-Son malvas. Mi nombre es malva.

-Me gusta. Eres bella y hermosa como esta flor, y como todas las flores que hay en los jardines.

Ella tenía la mirada baja. Sentía miedo de encontrarse con la de Emanuel. En un momento de descuido de él, había mirado sus ojos color azul cielo, y la había estremecido. Era la primera vez que veía unos ojos y un rostro tan bello y masculino.

Emanuel despertó en ella el amor que una mujer siente hacía un hombre. El fuego sagrado para alcanzar el nivel más alto espiritual, tanto de uno como del otro. Porque también él, se había enamorado de Malva. Había nacido de unos padres de la tierra, enamorados hasta el final de sus días. Emanuel fue concebido del amor, y no era justo que

Tuviese que marcharse de la tierra sin haber amado a la persona elegida por los hermanos del universo, y por el padre. Siempre decía que, en la tierra había que dejar algo hermoso hecho, para ser recompensado en el universo.

La abuela al verlos entrar, sonrió feliz.

Emanuel llevaba en su mano derecha, la cesta con todos los ingredientes para la ensalada.

Malva sostenía en sus manos el tallo de la flor que él, había cortado para ella.

-¡Abuela, mira lo que me ha regalado Emanuel!-dijo contenta como una niña.

-Me lo esperaba-dijo la abuela cogiendo la cesta de la mano de Emanuel, y sonriendo.

-¿Sabías que lo iba hacer?.

-Claro que sí, tengo ochenta y cinco años. Y esa mirada que te echaba y sigue haciendo es, de un hombre enamorado.

Emanuel sonreía, y moviendo la cabeza dijo.

-Abuela, no creas que por que tengas años,

Lo sabes todo. Sólo un poco, lo que yo te dejo ver.

Ella lo miró sin comprender lo que había querido decir.

Hacía una semana que Emanuel estaba allí. Cada noche cuando todos dormían, salía de la casa, y subía a un monte que estaba cerca. Hacía meditación. Esa madrugada, lo esperaban los hermanos del universo.

-¡Os saludamos señor!-dijeron.

-¡Saludos universales para todos!-respondió.

-Malva es otra discípula que tuviste en la anterior vida. Al igual que ahora os amabais pero, la fatalidad hizo que el amor no se consumiera, por vuestros deberes con los demás discípulos. Sobre todo hombres, que en todas las cosas veían pecado. La mayoría habían dejado a sus esposas por seguir vuestros pasos. Era por esa razón, que no permitían que ninguna mujer se os acercara.

Todo terminaba con ellos en discursión. Medían los pasos que dabais. Separaban a la primera mujer que se os acercaba. Todo lo hacían por celos. Eran muy estrechos de mente, pensaban en lo malo, sólo en lo malo. No veían en la mujer nada bueno.

Ahora ella y, no vamos a decir su nombre porque sabéis de quién se trata, vuelve a vuestra vida y, lo que no hubo antes, lo habrá ahora, porque todo en el universo se tiene qué cumplir.

-He estado una semana esperando vuestra visita-dijo Emanuel- Necesitaba que me hablarais como ahora lo habéis hecho en el nombre del padre y, como siempre lo hacéis.

-Señor, en éste lugar vais a estar un tiempo, el necesario hasta que los abuelos de Malva vuelvan al padre. Os deseamos una buena estancia y bien para todos.

Emanuel bajaba del monte con la alegría reflejada en su rostro. Sentada en la puerta

Lo esperaba Malva. Al verlo se puso de pie.

-¿Qué haces a estas horas levantada?-
preguntó Emanuel.

-Vi cuando te ibas, y no he podido dormir.

-¿Quieres decir con eso que, me amas?.

Malva sonrojó, y asintió.

-No sientas vergüenza de amar. El amor es lo más maravilloso que hay en el mundo entre dos personas.

Malva no se daba cuenta, y poco a poco iba acercándose a los labios de Emanuel, hasta que se juntaron, y se unieron en un beso profundo y, quedaron abrazados por el amor.

-Sé quién eres-dijo ella-Ahora cuando te esperaba lo he visto. No quiero que nada ni nadie nos separe. Soy consciente que no perteneces a la tierra y, cuando te llamen, tendrás que marcharte.

-¿Con todo eso que sabes de mí, prefieres amarme?.

-Sí. Hasta el final de lo que el padre tenga previsto para los dos.

-Sé lo que es. Será una sorpresa para ti, pero grata.

La hora de dormir había pasado. Eran casi las cinco de la mañana. La abuela se había levantado y, al no ver a Malva en su cama, salió a la puerta que estaba abierta.

-¡Criaturas! ¿Qué hacéis aquí a estas horas levantados?.

-Es culpa mía-dijo Emanuel.

-¿Qué has hecho para sentirte culpable de que estéis levantados antes del amanecer?.

-Abuela, la culpable soy yo-dijo Malva-No podía dormir y, he salido a la puerta.

La abuela meneó la cabeza en señal de no entender nada y, preguntó.

-¿Queréis decirme qué está ocurriendo?.

Emanuel y Malva se miraron y sonrieron.

-¡Ya sabía yo que pronto iba a ocurrir lo inevitable!.

-¡No ha sucedido nada, sólo ha sido un beso!-
dijo Malva.

-¿Toda la madrugada lleváis aquí y sólo os habéis besado? ¡No lo creo!.

Emanuel quería hablar pero, sabía que la abuela no lo iba a creer. Pensaría que se estaba inventando historias y también Malva.

-No estoy en contra de que os beséis, incluso de que os améis pero, no a escondidas y de madrugada.

-¡Abuela, no es lo que tú piensas!-dijo Malva-
Emanuel y, yo nos amamos de un amor puro.

La abuela se quedó pensativa y, a los dos minutos dijo.

-¡Tendréis qué casaros!. Lo más difícil es, saber la procedencia de Emanuel. Sólo hace una semana que está con nosotros y, no sabemos de dónde viene ni quién es.

-¡Yo sé quien es!-dijo Malva.

-¡No digas cosas que no sabes, sólo porque lo amas!.para hacerlo bien, tenéis que esperar.

-No necesitamos casarnos. El amor nos une y nos hace libres-dijo Emanuel.

-¿Será posible que cada vez te entiendo menos?. Hablas nuestro idioma pero no como nosotros. Tienes dieciocho años y representas treinta en tu manera de hacerlo todo.

-Abuela, no continúes es, imposible que lo entiendas-dijo Malva.

Ella se cayó. Antes de entrar en la casa, dijo.

-Malva, prepara los desayunos, ya ha amanecido.

A las nueve de la mañana el abuelo no se había levantado. Su mujer fue a llamarlo, entró en el dormitorio y, cuando se acercó a la cama, vio que había muerto. Para ella fue un golpe muy grande, los dos estaban muy unidos. Llegó su momento a la edad de noventa años.

La abuela quedó muy triste. Se sumergió en la oración, cada vez pedía a dios, irse con él. Hablaba poco, se metía en su dormitorio y se pasaba horas dentro. Malva le llevaba la comida y la cena pero apenas comía, se negaba a vivir. Emanuel iba a ratos hacerle compañía y para que hablara, no podía seguir en la manera que estaba. Tenía ochenta y cinco años y, todo lo que había vivido fue junto a su marido.

CAPITULO -14 –

El otoño llegó con sus atardeceres tempraneros. Las hojas de los árboles color teja, adornaban el paisaje quedando un lugar bello y romántico. Por los cristales del balcón del dormitorio de la abuela, se veía su figura desmejorada sentada en una silla. Su espíritu estaba abatido, su alma pedía marcharse.

Malva sentía un gran dolor de ver a su abuela sufrir en silencio. No se quejaba de nada, sólo su pensamiento la iba comiendo cada vez más. Cuando Emanuel se sentaba a su lado, le cogía

Las manos y le hablaba. Ella no respondía, la ausencia era su contestación.

Malva la levantaba de la cama, la lavaba, le daba la comida, la sentaba en la silla de su dormitorio, no quería ir a otro lugar de la casa que no fuera ese. Su recuerdo con el hombre que amó, estaba allí.

Emanuel salió de la casa a las doce de la madrugada para subir al monte. Los hermanos del universo lo esperaban. Malva ya sabía los días y noches que él, se alejaba. Ella no intervenía en nada, veía como se alejaba en la oscuridad de la noche, no se dormía hasta que no llegaba.

Esa noche Emanuel iba triste, su semblante era serio-¡con cuantas historias tristes se había encontrado en el planeta tierra!-no sabía a qué edad llevaría otra misión a otro planeta.

-¡Señor, os saludamos!-dijeron los hermanos del universo.

-Yo también os saludo con el amor del padre.

-Señor, conocemos vuestra tristeza-habló un hermano del universo-Pronto dejará de sufrir la abuela de Malva. Su alma vaga pidiendo ser liberada y, mañana será puesta en libertad. Seguid lo que el corazón y la mente os dicte. El universo os acompaña en todo lo que emprendáis en la tierra. El padre a todo lo que hagáis, dice-AMÉN.

-He querido mucho a estos ancianos. Su casa la pusieron a mi disposición sin saber quién soy. Malva será la madre de mis dos hijos, tengo mucha responsabilidad por ser quién soy. Mi misión en la tierra como en los demás planetas nunca tendrá fin. Mi padre y mi madre la madre naturaleza, me crearon para ésta labor interminable.

Un regalo hermoso y lleno de bondad iba a producirse para Emanuel.

Una nave pequeña se aproximaba y, fue a posarse en cima del monte.

La puerta se abrió. Con gran sorpresa y alegría, Emanuel vio a Amor que bajaba las escaleras igual que una diosa del olimpo. Estaba sonriente. Extendió sus manos y cogió las de Emanuel con amor y cariño. Tenía catorce años cuando se separaron, casi un niño, ahora ya era un hombre. No pudo retener las lagrimas. Ella había hecho de madre suya en la tierra. Le dio todo el amor y, mucho más que una madre puede dar a un hijo.

-¡Bendita seas!-dijo Emanuel al saludarla-
Gracias por este presente que me haces.

-Mis deseos son hablar contigo, ver tu rostro bello como el sol y volver a decirte qué fuiste en mi existencia en la tierra un verdadero hijo. Pronto harás un largo viaje, éste será el ultimo que hagas en el planeta tierra. Éste regalo que te hago esta noche, doy gracias a mis hermanos del universo aquí presentes, lo han dejado para que sea yo quién te de la noticia. Irás a Alejandría acompañado de Malva. Al

Palacio donde residen tus padres de la tierra. Ellos no saben nada de ti, será una hermosa sorpresa para ellos y para los tres hijos que han nacido, dos varones y una hembra.

Malva sólo te tiene a ti. Tú eres el amor de su vida. Según todo irá transcurriendo, se te dirá lo que tienes que hacer.

Por ahora me despido de ti pero, nos encontraremos en otro planeta y, quizá en otra historia diferente, eso lo dispone siempre el padre.

Amor y Emanuel se abrazaron. Seguidamente ella entró en la nave y, desapareció en el cielo en esa noche estrellada, confundiéndola por un astro.

Eran las tres de la madrugada. Emanuel tenía que regresar a casa. Tal cómo conocía a Malva, estaría esperándolo aunque ella no se dejara ver. No podía dormir hasta que oía la puerta abrirse.

Emanuel se dirigió al dormitorio de ella.

Estaba sentada en la cama esperándolo, una corazonada le decía que, esa noche entraría para comunicarle algo.

-¡Querida mía!-dijo Emanuel-Tienes que ser fuerte.

Malva siempre lo miraba con amor, viendo en él, la perfección completa.

-¿Se trata de mi abuela?.

-Sí. Su alma está esperando que su espíritu llegue . El femenino es el alma y, el espíritu el masculino. Los dos tienen que unirse para que sean felices en el más allá y, puedan reencarnarse otra vez en la tierra o, en otro planeta.

-¿Cuándo será su marcha?-preguntó con los ojos húmedos.

-Por la mañana iremos a despedirnos de ella. Ahora voy a dormir un rato.

Se acercó a Malva y besó su mejilla rosada.

Era temprano, ella lo estaba esperando en el

Jardín con un ramo de flores que había cortado. No iba a dárselo a su abuela, lo hizo con un gesto de amor, para dejarlas en un jarrón sin agua y quedaran secas en representación de ella.

-¿estás preparada para enfrentarte a la realidad?-dijo Emanuel.

-Sí, vamos-respondió serena.

La puerta del dormitorio de la abuela estaba medio abierta, como Malva la había dejado la noche anterior. Había silencio y oscuridad al estar los postigos del balcón cerrados. Malva se aproximó a las puertas del balcón y las abrió de par en par. Los dos llegaron hasta la cama. La abuela estaba boca arriba con los ojos cerrados, su respiración era lenta.

-Abuela- susurró Malva cerca de su oído.

No hubo respuesta. Emanuel se sentó a un lado de la cama. Cogió las manos de la anciana y, con suavidad le dijo.

-Duerme el sueño eterno y, que tú alma vuele al infinito igual que una paloma.

Malva se quedó de pie junto a su abuela. Dos lagrimas caían por sus mejillas, recordaba, a la edad de tres años cuando sus padres murieron de accidente, fueron sus abuelos que se hicieron cargo de ella y, nunca le faltó de nada.

Emanuel y Malva seguían la agonía pasiva y silenciosa de la abuela. Igual que se va apagando una vela, a si dejó de respirar.

CAPITULO -15 -

Habían pasado dos semanas. Emanuel al ser rescatado de palacio con sólo unas horas de vida y, llevado a Argentina para ser cuidado por Amor, no fue inscrito legalmente en ningún registro. Su nombre era Emanuel, el nombre que figura en el universo. Dentro de poco tenía que hacer un largo viaje con Malva y, necesitaba para pasar fronteras su nombre y

como al menos un apellido. Sería Emanuel De Dios.

Salió de la casa temprano para arreglar los documentos reglamentarios de él, y de Malva. Ella se hallaba en el jardín regando las plantas, oyó el llamador de la puerta. Dejó lo que estaba haciendo y abrió. Delante de ella habían siete jóvenes vestidos con pantalón blanco y camisa del mismo color. Eran bellos, de cabellos dorados como el sol y, de ojos azules como el cielo. Malva al verlos no sabía qué hacer, su cuerpo temblaba, sus mejillas se llenaron de lagrimas de la emoción que sentía dentro. Sin que ellos hablaran, sabía de quién se trataba. Se puso a un lado de la puerta para darles paso. Ella no hablaba, no podía articular palabra alguna, no sabía dónde quedarse, dejaba que fueran ellos quién eligieran el lugar de la casa para que dijeran el honor de la visita. Los hermanos del universo eligieron el jardín. Se quedaron de pie, y Malva frente a ellos.

-¿Sabes quienes somos?-dijo uno con una suave sonrisa.

Malva asintió, la timidez y la impresión la dejó sin saber qué decir. Respiró profundamente y, cuando sus ánimos se levantaron, dijo con voz cortada.

-Creo que sois ángeles, los que cuidan y custodian a Emanuel. Él, no está, á salido.

-Lo sabemos-dijo el mismo hermano de antes-Venimos para que nos conozcas y sepas nuestros nombres. Yo soy el arcángel Miguel, el que hay a mi lado se llama, Gabriel, el siguiente Rafael, seguido de Haniel, después sigue Kamael, siguiente Zakiel, y sigue Raziel.

Malva no sabía cómo reaccionar ante tanto poder celestial que habían venido para visitarla y los conocieran. Ella se hincó de rodillas y bajó la mirada, no sabía qué hacía.

-Levántate criatura de dios-dijo el arcángel Miguel cogiéndola de un brazo para ponerla

de pie-¿ A caso haces ésta reverencia a Emanuel?.

-No. A él, lo conozco, estamos unidos por el amor. Dentro de mi vientre se ha creado un hijo. Emanuel no quiere que nazca en ésta tierra, vamos a otra lejana. Me ha puesto al corriente pero, yo no lo entiendo bien. Es mi amor. En otra vida también nos amamos, siendo un amor imposible. Junto a él, voy a dónde me lleve, quiero y deseo que su destino sea el mío.

-De todo esto estamos al corriente-dijo el Arcángel Miguel-No es sólo un hijo lo que llevas en tu vientre, son dos, varón y hembra, serán mellizos. El niño la imagen de Emanuel, la niña, la tuya pero, los dos se parecerán mucho.

Malva se llevó las manos a su vientre acariciándolo con ternura y amor.

-Será en ocho meses cuando vengan a nosotros-dijo Malva con alegría.

-Eres feliz, tu rostro lo manifiesta-dijo el Arcángel Miguel. Ahora nos despedimos, otra misión nos espera. No paramos de un lado a otro.

Antes de que se fueran, Malva les preguntó.

-¿Por qué no vais vestidos de ángeles?.

-¿Crees que es necesario?-dijo el Arcángel Miguel sonriendo.

-Yo no lo sé-respondió con humildad-Siempre han representado a los Arcángeles y ángeles con alas y vestidos de largo de color azul y rosa.

-Es la imagen que se da para representar el alma, ella tiene alas, viste de largo y de varios colores.

-¿Cuándo dices, ella y alma, de quién estás hablando?.

-De la diosa madre naturaleza. Ella y el padre son los creadores de todo ser viviente. Es el gran espíritu universal. Es por esa razón que

todo ser que ha nacido en el planeta tierra o en otro planeta, tiene espíritu y alma, incluyendo animales, vegetales y minerales. Todo el globo de la tierra y de cualquier planeta es, alma y espíritu.

Era el momento que los Arcángeles se tenían que ir.

Malva se quedó reflexionando las enseñanzas que acababa de recibir y dijo en voz alta- El agua de los ríos, el mar, la arena y la tierra del campo son espíritu y alma.

Emanuel llegó a casa con todos los documentos arreglados. Miraba a Malva, estaba bella cómo siempre, pero ese día más. Sabía que esa mañana había tenido la visita de los hermanos del universo, no quiso decirle nada hasta que no lo descubriera. Era un regalo que él, le hacía.

La casa la vendieron por un precio simbólico. Los dos perros que habían, tenían doce años y estaban viejecitos, los nuevos propietarios se

quedaron con ellos, tenían más animales.

Emanuel hacía días había escrito una carta a sus padres de la tierra. Haciéndoles saber que era hijo de ellos y que pronto iría para quedarse a vivir en palacio junto a su esposa.

Dionisos, no se fiaba de aquella masiva, hacía diecinueve años que raptaron a su hijo Emanuel, la noche de su nacimiento. Estaba dentro de lo posible que alguien sabiendo lo sucedido quisiera pasarse por hijo de ellos.

Diana no pensaba lo mismo, su corazón le decía que ese joven que había escrito era su hijo. Ella estaba segura que un día regresaría a ellos por ley de vida. Tenía deseos de abrazarlo, besarlo y tenerlo entre sus brazos y, darle todo lo que no le pudo dar. También era consciente que su hijo Emanuel, no era un ser de la tierra, la anciana de la cueva se lo anunció.

Dionisos amaba por encima de todo a su esposa. Quería apartar de ella cualquier

Duda y mal entendido para que no sufriera, siempre hasta ese día, hablaba de Emanuel cómo si estuviera viviendo a su lado.

CAPITULO -16 –

En el aeropuerto de la ciudad de Lima, Perú.

Esperaban Emanuel y Malva la llamada de los altavoces anunciando el vuelo y las escalas que tendría hasta la ciudad de Alejandría. Apenas llevaban equipaje, sólo lo imprescindible.

El viaje fue largo, más para Malva por encontrarse embarazada de mes y medio. Un taxi los dejó muy cerca de palacio. La entrada estaba custodiada por dos centinelas. Dos jóvenes varón y hembra salían de palacio. La joven miró a Emanuel, el parecido con ella era grande, ojos azules, cabello dorado y ondulado. Los dos se miraban. Emanuel le sonrió, ella hizo lo mismo. Sabía de un hermano, el mayor que había escrito a sus padres. No tenía duda que se trataba de Emanuel como su madre siempre lo llamaba. Su otro hermano el que había a su

Lado se parecía a Dionisos. Al ver que su hermana sonreía al joven, le preguntó.

-¿Lo conoces de algo?.

-¡Es Emanuel, estoy segura! Hoy es un gran día para nuestra madre.

Los dos se acercaron, ella dijo.

-Eres hermano nuestro, entremos en palacio.

Madre te espera.

Diana estaba en uno de los salones leyendo un libro. Su hija menor entró, se puso frente a ella y, con una gran alegría le dijo.

-¡Madre, tengo una gran sorpresa para ti!.

Diana entendió al momento que se trataba de Emanuel. Dejó el libro sobre una mesita, sus bellos ojos azul cielo se encharcaron de lagrimas, se levantó del asiento y dijo.

-¡Quiero abrazar a mi hijo!.

Emanuel entró en el salón acompañado de Malva y de su otro hermano.

Diana al verlo abrió los brazos y los dos se fundieron en un abrazo. Ella daba gracias a dios de tener a su hijo mayor a su lado.

Emanuel hizo las presentaciones.

-Se llama malva, es mi esposa y en siete meses seremos padres de mellizos, niño y niña.

-¿Cómo es que sabes eso con tanta precisión, si apenas está de dos meses?.

-Madre, quiero que sepas más de mi y, el por qué me arrebataron de tu lado nada más nacer.

-La anciana de la cueva me puso al corriente pero, yo como madre no lo quise aceptar. Saliste de mi vientre y fuiste concebido por amor.

En ese instante hizo la entrada otro hijo de Diana de Dionisos. Se abrazó a Emanuel y a Malva. Ella estaba callada como hacía de costumbre, seguía a Emanuel dónde fuera él, era el amor de su vida. Ahora había encontrado

Una gran familia poderosa, nunca pensó que esto le ocurriría a ella.

Dionisos estaba de viaje oficial, dos días después se encontraría con su hijo. Diana no quiso decirle nada, sería una sorpresa. Ella mandó que se preparara un gran aposento para Emanuel y su esposa.

A la llegada de Dionisos, Diana lo esperaba en uno de los jardines. Estaba radiante como una diosa. Adornó su larga cabellera con una guirnalda de jazmines. Dionisos al verla la cogió entre sus brazos y la besó en la mejilla. Estaba seguro que había una razón para que lo recibiera de tal manera y con su vestido más elegante. Le dijo medio en broma.

-¿Dónde tienes escondido a Emanuel?.

-Nuestro hijo ha vuelto. Viene con su esposa y, en siete meses seremos abuelos.

-¡Qué por siempre sea aleluya!-dijo emocionado.

Emanuel y Malva salieron de entre los rosales él, y Dionisos se abrazaron y con Malva también.

-Después de la cena tengo que hablar con los dos-dijo Emanuel.

En uno de los salones, Emanuel habló a sus padres y a sus dos hermanos y hermanas de lo feliz que fue su vida y todo el amor que recibió. También que tobo que trabajar para ganar su sustento y sus viajes. Tenía que ser de esa manera hasta llegar a ellos, sus padres en la tierra. También les habló de los hermanos del universo y, que la comunicación con ellos seguía siendo, puesto que él, no era del planeta tierra.

Dionisos y Diana estaban como pasmados ante todo ese relato que era verdadero.

-Ni tu madre y, yo entendemos bien esto que dices, naciste aquí en palacio. Los dos te engendramos con mucho amor. Sé que eres hijo nuestro ¿Por qué dices que no perteneces

a la tierra? ¿Tienes otros padres aparte de nosotros?-preguntó Dionisos.

-Los tengo. Fue por orden de ellos que me raptaron, para que recibiera enseñanzas del universo.

-A tu madre nadie la concibió que no fuera yo ¿qué misterio es éste?.

-Es difícil que lo entendáis.

Dionisos miró a Malva y preguntó.

-¿Tu esposa lo comprende?.

-Sí. estuvo a mi lado en la anterior vida, ella y muchos más que tengo que reunir para que se conozcan y, a mí me recuerden.

-¿Qué era ella en tu anterior vida?.

-Una discípula.

-Diana se llevó las manos al rostro y lloró.

Emanuel se sentó a su lado y la estuvo consolando. Le dijo.

-Siempre seréis mis padres en la tierra.

-¿Cuándo tienes pensado reunir a los demás discípulos y discípulas?.

-Antes tengo que subir a la gran montaña. Serán los hermanos del universo que se comuniquen con todos ellos, son muchos.

-¿Dónde será ese encuentro?.

-En la montaña sagrada-respondió Emanuel.

-¿Está en este lugar?.

-Sí padre.

Había llegado la medía noche, todos se fueron a dormir.

Pasado un mes de la llegada de Emanuel y de Malva a palacio, Dionisos y Diana decidieron dar una fiesta para celebrar el regreso de su hijo primogénito y su esposa.

La noche era propicia de un cielo cubierto de estrellas y de luna creciente. Todas las lámparas de palacio estaban encendidas.

La imagen parecía haber salido de un cuento de hadas. Diana estaba realmente hermosa con la felicidad reflejada en su rostro. Vestida de encaje rosa pastel y, el cabello recogido y entrenzado con perlas, parecía una diosa.

Emanuel vestía un traje blanco y camisa rosa, el cabello recogido atrás por una cola. Malva al estar embarazada de dos meses y medio, lucía un vestido largo y ancho color azul cielo. Los cabellos los llevaba sueltos por debajo de los hombros y, en la parte izquierda de la sien, una azucena blanca. Su belleza tropical resaltaba.

Dionisos con esmoquin color blanco camisa marrón y, el cabello suelto y algo canoso daba un hombre atractivo y seductor.

Los dos hijos e hija eligieron lo que más les gustaba y estaba de moda.

Los invitados iban llegando elegantemente vestidos. Los jardines de palacio estaban iluminados acogiendo a todos los que llegaban.

Sus miradas estaban puestas en Emanuel.

Admiraban su manera de vestir, su gran parecido con Diana, su elegancia y clase cuando recibía saludando a los invitados que iban llegando. Malva no sé separaba de su lado, para ella todo eso era un mundo nuevo.

Las jovencitas que iban acompañadas de sus padres, todas tenían el mismo deseo, el poder acercarse a Emanuel y mirarlo. Medía un metro noventa y un rostro angelical, las jovencitas se morían por él. Hablaban con su hermana para que ella les diera paso a una conversación. La hermana les decía que, la joven embarazada que había a su lado, era su esposa.

En el salón más grande de palacio habían montado los camareros y metes, dos mesas largas dónde cabían cincuenta. La cena fue exquisita, pescados variados, carnes, verduras, y frutas. Después de la cena, en otro salón esperaba la mejor orquesta de Alejandría tocando valeses y música de moda.

El baile lo abrió, Dionisos y Diana con un vals.

Emanuel y Malva nunca habían bailado pero, lo tenían que hacer para seguir el protocolo. Él, se fijó en sus padres de cómo lo hacían y, cuando el primer vals acabó, empezó otro para todos los demás presentes.

Fue una noche especial preparada para presentar en sociedad a Emanuel y Malva.

Era una noche esplendida, Diana salió a uno de los jardines. Oyó a Emanuel qué hablaba, supuso que lo hacía con Malva. Entre matorrales de jazmines pudo ver a varios hombres jóvenes vestidos con túnicas blancas que mantenían una conversación con él. Estaba que no sabía qué hacer y, decidió salir de su escondite y presentarse.

-¡Buenas noches madre!-dijo él.

Diana se quedó sin habla, miraba a esos siete hombres jóvenes bellísimos. Emanuel le dijo.

-Madre, ellos son mis guías en la tierra, voy a presentártelos. Él, se llama Miguel, es mi primer consejero. Los demás cuidan que no me

Sucedá nada y, se llaman, Gabriel, Rafael, Haniel, Kamael, Zakiel, y Raziel.

Los siete hermanos del universo, inclinaron la cabeza saludando a Diana.

Ella llorando se abrazó a Emanuel. Él, la consoló acariciando su larga cabellera, cuando se recuperó, miró a los hermanos del universo y les preguntó.

-¿Estáis aquí para llevaros a mi hijo?.

Miguel que era el que hablaba en representación de todos, respondió.

-Todavía no, se va aquedar contigo un tiempo. Va a ser padre, tiene qué reconocer a sus hijos, amarlos y darles lo que da un padre.

-¡Quisiera comprenderlo todo!-dijo Diana con los ojos llorosos-Mi entendimiento es corto a lo que nos ha sucedido, ¿Por qué me ha tocado a mí si lo engendramos con amor?.

-Fuiste elegida entre millones de mujeres. No tienes que sentirte triste. Llevaste en tu vientre

Al señor que muchas jerarquías servimos.

-¿Su hijo e hija que van a nacer, tendrán el mismo destino?.

-Ellos vivirán en la tierra para procrear su raza. Esa es la voluntad del padre eterno todo poderoso.

Diana miraba a Emanuel con la ternura y amor que mira una madre a su hijo. Se dirigió a Miguel diciendo.

-¡Pido perdón por ser una madre que sufre y no haber comprendido antes!.

-De nada se te tiene que perdonar. Lo que crees que es pecado, no lo es para ti ni para tú esposo.

Diana se despidió de los hermanos del universo y entró en palacio.

En el aposento estaba Dionisos esperándola.

-¿Querida, has ido a dar un paseo?.

-¿Sabías que Emanuel recibe visitas?.

-Sí. No he querido decirte nada para que no te asuste. Son Arcángeles que le traen noticias del universo y, le dicen, lo que tiene qué hacer y cómo actuar en momentos que no se espera.

-¿Nuestros otros hijos saben algo?.

-Todavía no. A la hora que los Arcángeles vienen, ellos duermen y, también el personal de palacio. Ahora son las cuatro de la madrugada. A estas horas nadie sale al jardín.

-¿Cómo lo supiste tú?-preguntó Diana.

-Emanuel me lo dijo pero yo no los he visto.

CAPITULO -17 –

Todo transcurría día a día con normalidad. En palacio todos eran felices, Diana demostraba serlo para no crear tristeza en su familia pero, dentro de su ser, seguía con el pensamiento en que Emanuel se iría más pronto o más tarde y después, ya jamás lo volvería a ver.

Diana tenía todo preparado con un medico y una comadrona que hacía días esperaban en

Palacio la llegada de los mellizos y, una nodriza experimentada para cuidar de ellos.

A las cinco de la madrugada, Malva se puso de parto. Todo era un revuelo de ir y venir y, a las siete dio a luz niño y niña con los cabellos dorados cómo Emanuel, el niño físicamente se parecía a él, la niña a Malva, los dos tenían los ojos azules, los dos eran bellísimos.

Emanuel advirtió el miedo que Diana sentía, le había quedado trauma de lo ocurrido la noche que nació Emanuel. Puso un centinela en cada puerta de los dormitorios. Emanuel le dijo.

-Madre, no sufras por tus nietos, nadie se los va a llevar, han nacido para vivir en palacio y para que la raza en la tierra continúe.

Diana se abrazó a Emanuel y con lagrimas dijo.

-¡Hijo mío, padecí mucho la noche que te llevaron, la tengo gravada en mi pensamiento!.

-Ahora no va a suceder, tranquilízate, vas a disfrutar de tu nieto y nieta, los verás crecer y,

También casados, seréis bisabuelos.

-¿Tanto vamos durar tú padre y, yo?.

-Si madre, seréis recompensados por lo mucho que sufriste.

Malva se había criado con sus abuelos. No aceptaba que otra mujer se ocupara de sus hijos. Quería ser ella la que pasara día y noche al lado de ellos, mejor que ella nadie los iba a cuidar. Diana veía lógico su modo de pensar pero, el protocolo de enseñanza, no era el que ella les daría.

Malva se resistía a que sus hijos vivieran en un aposento, ella y Emanuel en otro. Él, la hacía razonar haciéndole ver que la vida de palacio era de esa manera y, que no por eso iba a estar separada de ellos, los podría ver siempre qué quisiera. Al final Malva accedió, no tenía otro remedio.

Emanuel inscribió en el registro civil a sus dos

Hijos. El niño con el nombre de Amón, que quiere decir, Poder creador, la niña con el nombre de Nut, como la diosa celeste.

En ocasiones Emanuel subía a la gran montaña. Los hermanos del universo lo estaban preparando para el encuentro que pronto sería con sus discípulos y discípulas en la anterior vida. Estaban preparando una acogida calurosa y sorprendente. Todos los discípulos que se encontraban en todos los extremos de la tierra, recibieron por telepatía la noticia de ir el día 24 de junio a la montaña sagrada en Alejandría.

Unos pensaban que se trataba para un avistamiento de ovni, otros, un encuentro con extraterrestres. Todos se hacían una conclusión diferente. Eran muchos hombres mujeres y adolescentes. Ninguno se conocían, pensaban que esa transmisión sólo lo había recibido uno. Lo dijeron a sus parientes y amigos para que alguno los acompañaran.

Unos los creyeron y otros no, aludiendo que sólo era fantasía de la mente.

El gran día llegó. Los hermanos del universo con la ayuda de otros ángeles, montaron en la montaña sagrada mesas largas, manteles blancos, vasos finos de cristal, platos de la porcelana más cara y, fuentes redondas llenas de pasteles de todas clases y, abundante refrescos de diferentes frutas.

Todos los discípulos y discípulas de la tierra, aterrizaron en el aeropuerto de Alejandría, tenían habitaciones reservadas en hoteles. Unos venían con catalejos, otros con cámaras más sofisticadas para poder verlo todo mejor y firmarlo.

La hora de estar arriba en la montaña, era las once de la mañana. Unos trescientos entre discípulos y discípulas, iban subiendo la montaña cargados con sus cámaras.

Emanuel y Malva, a las diez habían llegado. Todo estaba dispuesto para el encuentro.

Todos iban subiendo y ninguno se conocía. Hubo tema de conversación entre varios, diciendo -qué era lo que se iban a encontrar. Miraban al cielo esperando una señal pero, estaba azul radiante y despejado.

Los hermanos del universo habían desaparecido de la montaña sagrada, solo estaba Emanuel y Malva en un gran llano de pie, vestían lo dos de blanco, Emanuel con pantalón ancho y blusón largo, el cabello suelto, Malva vestido largo y cabello reposando por encima de sus hombros.

Iban llegando y se quedaban parados, era un banquete lo que había y, seguro era para ellos. No comprendían el por qué de tal evento y ceremonia.

Ana aunque no era discípula de Emanuel, también fue invitada, por pasar catorce años de su vida cerca de él. Venía acompañada de su esposo. Elena iba acompañada de sus padres, tenía trece años, era una adolescente bonita.

Ernesto y su esposa. Esmeralda y su hija. Ellos sabían quién era Emanuel. Todos los demás era la primera vez que lo veían.

Todos habían llegado a la meseta de la montaña sagrada. Elena recordaba a Emanuel cómo si del mismo día se tratara. Los demás también. Él tenía sus brazos abiertos y gran sonrisa. Ana y Elena fueron las primeras en abrazarlo. Elena repetía una y otra vez mirando a todos los presentes.

-¡Es el maestro, venir abrazarlo!

Todos se miraban sin saber qué hacer, la timidez no los dejaban avanzar. Iban recordando y pasando páginas de la historia. Tuvieron visiones de Emanuel en la otra vida. Él se sentó con los pies cruzados sobre la tierra y dijo.

-Acercaos, y coger asiento sobre la corona de la montaña sagrada. Os dije que volvería y que os reuniría a todos.

Uno de los discípulos que iba acompañado de

Su esposa dijo dirigiéndose a Emanuel.

-¿Maestro, puedo sentarme a tu lado?.

-Por supuesto que sí.

Algunos y algunas de los presentes reclamaron diciendo.

-¿Por qué tiene que ser él siempre el predilecto?.

Emanuel sonrió, y dijo aplacándolos con las manos.

-No empezar de nuevo. Todos sois mis preferidos.

¿Podemos hacer preguntas?-dijo uno de los presentes.

-Claro que sí-respondió Emanuel.

-¿A dónde has nacido ahora?.

-Aquí en Alejandría pero es largo de explicar.

-Todos sabemos que un día te irás a otro planeta, nunca estás fijo en ninguno. ¿Nos puedes decir cuándo?.

Emanuel rodeó con su brazo los hombros de Malva y dijo.

-Ella es mi esposa. Tenemos un hijo y una hija de dos años, son mellizos, cuando tengan catorce años, me tendré que marchar.

-¿La conocimos a ella?-preguntó uno de los presentes.

-Sí, y no aceptabais nuestro amor.

-¡Ah! Sabemos de quién se trata. Eso no lo tengas en cuenta, eran otros tiempos dónde los hombres tenían la mente estrecha y atrasada. Ella es hermosa cómo lo era antes.

En todos había mucha felicidad.

Intercambiaban palabras recordando hechos de la vida pasada. El banquete estaba puesto para que comieran y brindaran por ese gran acontecimiento único en la vida de todos ellos.

A las tres de la tarde el sol calentaba fuerte en la montaña sagrada. Emanuel propuso a todos los presentes

-Mañana noche daré una fiesta en palacio para mis discípulos y discípulas. Habéis venido cada uno de un extremo diferente de la tierra sin saber para qué era. Vuestra fe es grande y merece una recompensa.

Todos intercambiaban palabras de asombro. Uno decía-¡Vive en palacio!-otro-¡Es de sangre real!-otro-¡Es hijo de reyes!.

A los oídos de Emanuel llegaban los comentarios, dio una palmada y dijo.

-¡Estar todos a tentos a lo que voy a decir! Mañana a las siete de la tarde os espero en palacio para que conozcáis a mis padres de la tierra, mis hermanos, hermana y mis hijos. La guardia de vigilancia os darán paso a todos para entrar. No comentéis éste acontecimiento con nadie.

-¡No, con nadie!-respondieron.

-Ahora vamos degustar éstas delicias que los ángeles del cielo han preparado para todos.

Comían y bebían feliz mente. Intercambiaban frases refiriendo a lo exquisito que estaba todo. No quedó nada, estaba hecho por las manos de los ángeles del cielo.

Bajaron de la montaña sagrada. A bajo había mucha gente especulando, qué evento se había celebrado en tan alto lugar.

Al llegar a palacio, Emanuel habló con Diana y la puso al corriente de la cena que daría al día siguiente. Ella no se lo esperaba. Sabía que él, y Malva venían de la montaña sagrada, de un encuentro con sus discípulos. Siempre invitaba a gente de la alta sociedad, esto era nuevo para ella. Dio órdenes al metre de cocina para la cena de la noche siguiente.

Todo estaba para recibir a trescientas personas en los jardines. Se tubo qué pedir a empresas de alquiler, mesas largas y manteles blancos, sillas, platos, vasos y copas, cubiertos y servilletas.

Emanuel presentó a todos, a Dionisos, Diana,

Sus dos hermanos y hermana, y a sus hijos. Ellos recibieron a los invitados con gusto y alegría pero, no participaron en la cena por ser algo muy íntimo de Emanuel.

Hubo comida para todos y sobró. Los camareros que eran muchos, no paraban de llevarse bandejas vacías y traer otras llenas. Refrescos y vinos buenos, no faltaron en las mesas.

Llegó la despedida. Al día siguiente por la mañana, todos cogían el avión para cada destino. Quedó un recuerdo inolvidable en cada uno de ellos, y, sobretodo, la generosidad desmesurada de Emanuel y de los hermanos del universo.

CAPITULO -18 –

En palacio todo seguía con normalidad. Dionisos y Diana seguían enamorados como cuando eran jóvenes, el amor los mantenían

En la creencia de tener siempre a su lado Emanuel. Todavía eran jóvenes, ella cuarenta y cinco años él, cincuenta. Se mantenían en plena forma, no era por los ejercicios que hicieran si no por la bondad y amor que desprendían hacía todo lo que los rodeaban.

Aunque Emanuel en una ocasión dijo a Diana que llegado el día se tenía que ir, ella no lo creía a un cien por cien. Tenía su esposa y sus dos hijos, era imposible qué se fuera dejándolos aunque vivieran en palacio. Era su familia, la que él, había creado también con amor. Malva sí esperaba un tiempo no muy lejano, que se fuera para siempre. Era triste para ella sólo pensarlo, por eso que siempre estaba a su lado, conocía su mirada y lo qué quería en ese momento. Los dos se llenaban de cariño y de amor.

Amón y Nut crecían bajo la vigilancia de las dos nodrizas, cada uno tenía una. Eran ellas que les enseñaban a hablar, leer y escribir hasta qué tuvieran la edad de ir al colegio.

Malva pasaba largos ratos jugando y mimando a sus hijos. Las nodrizas le decían que, los estaba mal criando por todo lo que les consentían.

Los dos hermanos y hermana de Emanuel hablaban mucho del universo. Aunque no eran cómo él, y tampoco su procedencia, pedían que les hablaran de otros planetas, de sus gentes si es que las había. Emanuel siempre gustoso accedía a decir algunas de las cosas y hechos qué ocurrían en otros planetas habitados. Ellos se quedaban con la boca abierta escuchándolo hablar y, de esa manera se pasaban horas. Su hermana que era la más pequeña y tenía quince años, estaba muy interesada de cómo se formó el universo y, la creación en la tierra y en todos los demás planetas. Emanuel les explicó diciendo.

-Hay miles de planetas pero, en la tierra solo se conocen unos pocos, los que son más cercanos. Todos estos se crearon a la vez por decisión de la gran energía todo poderosa,

Madre y padre. Ellos se crearon a sí mismos porque conocían y habían vivido antes en el amor divino.

Su hermana se quedó perpleja, no entendía nada, era imposible llegar a tal conclusión para saber la verdad de la existencia divina, y preguntó.

-¿Sí la madre y el padre se crearon a sí mismos y, conocían el amor, qué eran antes.

Emanuel sonrió y dijo.

-¡Me gustas hermana, la reflexión siempre es buena!. Lo que tú preguntas está escrito en el infinito de los tiempos y, hasta allí yo no he llegado.

-Tengo entendido que conoces al padre y, que ha sido por decisión de él, que volvieras a la tierra. Un día Malva me habló de todo esto.

-Es cierto que he vivido junto a él pero, la diosa madre está para la creación, vive en los confines del universo rodeada de diosa que

le ayudan a que el universo crezca.

La hermana pequeña que era muy romántica, siguió preguntando.

-¿Sí el padre y la madre se aman, por qué viven separados?.

Emanuel afirmó diciendo.

-Desde la tierra se ve el sol y la luna cuando se juntan y quedan unidos. El sol es el padre, la luna la madre, simbólicamente en ese momento se están amando.

-¿Es cierto que un día te vas a ir?-preguntó su hermana.

-No tardaré mucho en marcharme. Es para lo que nací, tú no lo entiendes ni nuestros padres tampoco, Malva sí.

-Tú la amas y también a tus hijos ¿no puedes quedarte con ellos hasta el fin de tus días?.

-Es el padre quién decide por mí. La familia que he creado aquí en la tierra, es para el

bien de éste planeta, para que la raza universal se extienda.

Los hermanos de Emanuel oían lo que se estaba diciendo, prestaban oído pero no hacían ningún comentario.

Emanuel subía a menudo a la montaña para recibir instrucciones de los hermanos del universo, otras veces eran ellos que iban de madrugada a los jardines de palacio para verse con él.

Habían pasado los años. Amón y Nut pronto iban a cumplir catorce años, era la edad establecida por el padre eterno para que Emanuel se marchara, también él, tubo qué dejar la casa con esa edad.

Emanuel iba preparando a sus padres y hermanos de su ida. Diana era la que más se resistía a quedarse sin su hijo otra vez y, hacía lo hacen todas las madres cuando no quieren qué sus hijos sé separen de ellas. Lloraba

Delante de Emanuel para que se compadeciera y se quedara a su lado. Él, sonreía y la abrazaba, besaba sus mejillas y le decía con cariño.

-Aunque me haya ido, siempre estaré contigo y con todos los demás, con mi esposa Malva y con mis hijos.

-¡No te veré más!-decía llorando.

-Yo te prometo que podrás verme y hablar conmigo, también todos los demás.

-Tus hijos llorarán cuando te vean partir ¿Qué vas a decirles?.

-Ellos ya lo saben y quién soy. Malva y, yo se lo dijimos.

Era la última noche que Emanuel subía a la montaña sagrada, los hermanos del universo le tenían preparado el lugar dónde dirigirse y de qué manera. Nadie de su familia se darían cuenta de su marcha para no hacer sufrir

Sobre todo a su madre que era la más afectada y la que más lo vigilaba para retenerlo.

Malva y sus hijos estaban muy unidos y, entendían el proceso que seguidamente y en pocas horas se iba a proceder. Habían estado los cuatro abrazados muy fuerte. Él, era la simiente que allí dejaba para la próxima prosperidad.

En ese instante en que estaban abrazados, las puertas de la terraza se abrieron y, aparecieron los siete hermanos del universo vestidos con túnicas blancas. Eran las cinco de la madrugada.

Amón era el que se quedaría con la responsabilidad de su madre y de su hermana, tanto él, como ella era la primera vez que veían a los hermanos del universo. Tenía una pequeña duda que no quiso preguntarle a su padre ni a su madre y, que ahora si lo iba hacer. Se dirigió al comandante Miguel y dijo.

-¿Es mi padre un extraterrestre?.

Miguel antes de responderle, acarició la cabeza de él, y de su hermana Nut, luego dijo.

-Vuestro padre es el príncipe de los extraterrestres.

-¿Sí tuviera qué demostrarlo cómo lo haría?.

-En la otra vida pasada cuando los hombres le dieron muerte, resucitó a los tres días, ese era el tiempo fijado entre el padre y él. Nadie lo vio salir de la tumba. Durmieron a los guardianes mientras que una nave se posó en la tierra y, otros hermanos lo cogieron y lo llevaron al universo junto al padre que lo estaba esperando con alegría.

Amón miró a su madre, le preguntó.

-¿Toda ésta historia de mi padre, la sabías tú?.

-Sí, la viví junto a él.

El tiempo para Emanuel se acababa. Abrazó de nuevo a Malva y, a sus hijos y, dijo bendiciéndolos.

-Cada noche vendré a visitaros. Estaré

Velando cada minuto de vuestras vidas, también la de mis padres hermanos y hermana. Velaré para que la tierra viva en armonía pero, tendría qué cambiar la mente de los poderosos que la gobiernan.

Emanuel tenía 33 años cuando salió de los aposentos guiado por los hermanos del universo.

Malva, Amón y Nut, salieron a la terraza para decirle adiós pero, la nave ya iba por arriba del cielo lleno de estrellas.

Por la mañana en la mesa del desayuno, Emanuel no estaba. Diana con los ojos llorosos miró a Malva, a su nieto y nieta, ellos bajaron la vista en señal de humildad y de dolor compartido. No quiso saber de qué manera se marchó, quería recordarlo como la mañana anterior en el desayuno sonriéndole a todos, esa fue su despedida. Dionisos sabía que esa madrugada venían a buscarlo, Emanuel se lo

Dijo. Él, lo cayó, no podría ver a Diana ir de aquí para allá llorando desesperada evitando que se fuera. Cogió la mano de ella y la estrechó con las suyas, la besó y le dijo.

-Diosa mía, Emanuel vive en todos nosotros. El cielo nos lo regaló y, el cielo lo reclama para otras funciones en otros planetas es, de esa manera que va naciendo en diferentes lugares del universo.

Amón a la edad de 18 años entró en la universidad para hacer la carrera de Educación universal. Nut para veterinaria en diferentes ramas. Malva vigilaba la salud de Dionisos y de Diana, ella era la que más atención necesitaba Y, Malva una hija para ellos.

CLARA EISMAN PATÓN.